



BOLSILIBROS
EASA

F.B.I.

selecciones
policiacas



**Amorosamente
mortal**

**Donald
Curtis**



SELECCIONES
F.B.I

© D.Curtis 1975

Derechos reservados por:
EDITORIAL CASTELLANA

Avda. Islas Filipinas, 52
MADRID-3

Director Responsable:
Gregorio Ovejero

Jefe de Redacción:
Manuel Rollán

Publicación semanal

Aparece los viernes

I. S. B. N. 84-05-00364-9

Depósito legal: M 15.323- 1975

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (MADRID)



**EDITORIAL
CASTELLANA**

Amorosamente mortal

Donald Curtís

SELECCIONES
F.B.I

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

Capítulo 1

—Es su misión, Ulah.

—¿Matar?

—Matar, sí. Ya sabe a quién. Límitese a eso. No haga ninguna otra tarea durante su estancia en los Estados Unidos. Simplemente... mate. Mate a esa persona. Es todo.

—Sí, señor. Cumpliré mi misión.

—Eso esperamos... Y si no lo consiguiera, si viese que de un modo u otro puede ser aprehendida..., recuerde las instrucciones para casos desesperados.

Ulah afirmó despacio. Miró fijamente a la persona de quien recibía órdenes. Su voz se expresó glacial, hermética:

—Las recuerdo muy bien, señor. Si no he sabido matar..., deberé morir. Me mataré. En el acto.

—Exactamente. Se matará en el acto. ¿Lleva consigo el veneno?

—Lo llevo —admitió ella, rotunda—. Irá conmigo en todo momento. Sólo aguardo a no tener que necesitarlo, señor.

—No esté tan segura. Va a un país donde es fácil moverse sin despertar sospechas y donde cualquier ciudadano puede acercarse a la persona que desee, por importante y superior que ésta se halle situada en política, en sociedad o en nivel económico. Pero es un país que tiene sus dificultades también.

—¿Por ejemplo...?

—Por ejemplo, está el FBI. Usted lo conoce, Ulah.

—Sí. Pero no me parece realmente importante. No están preparados para..., para esto.

—No les subestime. Sería un error. El Federal Bureau of Investigation tiene auténticos medios para combatir cualquier forma de acción agresiva contra su país. Y donde falle la técnica o los recursos, está el factor humano. El factor humano, ¿entiende? El más complejo y difícil de prever siempre. Un agente federal es

capaz de todo. Incluso de impedirle cumplir la misión, Ulah...

Ella sonrió. Hierática, fría, despiadada. Como la hermosa estatura de belleza femenina, de esplendor sensual y de hermetismo humano que era Ulah.

—No, señor —negó—. Eso no sucederá. Ni siquiera el FBI va a impedir que cumpla mi misión, esté seguro de ello.

Su superior la contempló, impresionado por su seguridad, aunque aquel hombre parecía lo más lejano de lo impresionable que imaginarse pudiera.

—Sí —convino con un suspiro—. Estoy seguro de ello, Ulah. Me parece que nada ni nadie puede impedir que usted llegue al final, a la meta propuesta, al cumplimiento de la misión encomendada... Tal vez por eso la hemos elegido. Tal vez por eso, el Gran Director la ha señalado a usted para la tarea... Le deseo mucha suerte.

—Gracias, señor. La tendré —afirmó con escalofriante firmeza.

—Recuerde que, pese a todo, es una mujer. Obre como tal. Pórtese de modo muy femenino con los americanos. Son un pueblo fácilmente impresionable cuando una mujer es atractiva y sabe manejarles. Aprovechese de ello, Ulah. Será un arma más en sus manos... y no la más débil precisamente...

Una sonrisa fría asomó a los labios hieráticos de la dama. Una luz extraña, glacial y maligna, dio una hermosura nueva, distinta, inhumana, a las fantásticas pupilas de la hermosa Ulah, la mujer cuya misión consistía en matar...

—Lo recordaré también —prometió—. Va a ser una misión divertida. Muy divertida, señor.

—Cuidado. No olvide lo que le recomendé, Ulah. No se confíe. Son ingenuos y se dejan impresionar fácilmente. Pero también son peligrosos. Muy peligrosos, cuando sospechan que han sido engañados, sorprendidos en su buena fe.

—No lo sospecharán, señor. Y cuando lo descubran realmente... será muy tarde ya para que puedan ser peligrosos. Para entonces, Ulah habrá cumplido su misión. Y eso, no tendrá ya remedio, usted lo sabe.

Capítulo 2

No. Eso no tenía ya remedio.

O, para ser más exactos, no lo tendría en cuestión de minutos. De muy pocos minutos, apenas un espacio de tiempo sensible. Sin embargo, ese margen de tiempo implicaba la diferencia entre vivir o morir. Entre matar o matarse. Una vida y una muerte. El resultado, dependería del acierto en la misión.

Uno había de morir. Otro, había de matar. Podía suceder que la ejecución del asesinato fuese imperfecta. Que la víctima no muriese. Entonces, la ejecutora tendría que terminar, a su vez, con la propia vida.

Era algo inevitable, fatal, definitivo. No cabían objeciones. Ni rebeldías. Sólo obedecer. Matar. O morir.

Ulah supo que faltaban pocos, muy pocos minutos, cuando el hombre se puso tierno. Cuando olvidó su personalidad, su prestigio, su significado para ser sólo un hombre. Un hombre, junto a una mujer fascinante, de absorbente sensualidad, de potencia devastadora...

—Ulah... —susurró, la voz ronca, envolviéndola en sus brazos, algo torpes, acaso por la bebida, acaso por la pasión, por el simple instinto primario de la especie—, Ulah, cariño... Eres un sueño...

"Un sueño"... Ulah sintió deseos de reír, de burlarse. Pero no cometió ese error. "Un sueño..." Era una frase estúpida, incluso ridícula, cursilona. Los numerosos admiradores de la palabra de aquel hombre, de su dialéctica irresistible, se hubieran sentido desilusionados, incluso defraudados, de haber presenciado aquello.

Por fortuna para el prestigio del prohombre, allí estaban solos ellos dos. Ellos... Ulah y él. La víctima y el asesino... Una víctima medio ebria, medio ciega de deseo, hundida en la vulgaridad y en la torpeza su brillante personalidad política.

Un asesino con faldas, con rostro hermoso, con labios rojos y

temblorosos, con formas magníficas bajo las sedas costosas del traje de noche...

—Ulah, yo puedo hacer de ti... la mujer más admirada y envidiada del mundo. Eres adorable... Te llevaré a lo más alto...

—¿De veras? —hubo un gesto desdeñoso en los labios de la mujer. Un gesto que el hombre ni siquiera advirtió. No hubiese advertido nada, inmerso en la pasión, en la sensualidad, en el atractivo candente de la rubia, nórdica belleza femenina. Ella añadió, medio burlona, medio melosa—: —Tú sí eres adorable, Monty... Realmente adorable y cautivador...

Era la más cínica de las mentiras, pero Ulah parecía tener una extraña, diabólica habilidad de histriónica perfecta, modulando las frases con entonación sublime, dando a las más descarnadas mentiras la envoltura dorada y tierna de una sinceridad arrebatadora, dulcísima y profunda.

Y él, en su estúpida ceguera, en su torpe ignorancia para todo lo que fuese el deseo, la sensualidad, el amor complaciente y fácil de aquella magnífica, arrogante “walkiria” de generosa anatomía, estaba dispuesto a creerlo todo, absolutamente todo, aunque Ulah hubiese sido mucho peor actriz, mucho más torpe e inexperta intérprete de la farsa creada para envolver en sedas y oropel de efectos un crimen frío, inexorable, mecánico.

El suntuoso, confortable reservado del hotel, se prestaba a la intimidad, con sus luces rosadas, sus muros color vino Burdeos, su suelo de madera lustrosa, alfombrado en su mayor parte, los muebles cómodos, tapizados en rojo la suave música de fondo, en un oculto, tamizado amplificador de alta fidelidad, la mesa bien servida, con caviar, langosta, una helada botella de “Mouton Rothschild” del 34, y toda clase de exquisitos manjares propios del más exigente “gourmet”.

Montgomery Washbrook lo era, ciertamente. Y Ulah también parecía educada para los más encopetados lugares y los manjares más selectos. Alguien había dicho a Monty que Ulah era una cortesana de altas esferas. Alguien que Monty hubiera sido incapaz de localizar o identificar, desde luego.

La irresistible atracción física de Ulah había hecho el resto. Y Monty, el muy honorable, prestigioso y admirado Montgomery Washbrook había podido constatar por directa experiencia, en

compañía de aquella mujer sensacional que, en efecto, la mujer llamada Ulah Kransen era toda una adecuada compañera de velada para cualquier diplomático, alto político, magnate o dirigente de Gobierno metido en diversiones poco castas, en su noche libre de compromisos oficiales.

Ese había sido el caso de Montgomery Washbrook, y él se sentía feliz de que así hubiera sido. Se sentía ahora ciertamente feliz, aunque él ignorase que esa felicidad iba a ser bien efímera. Tanto como su propia vida...

—Ulah, mi amor... —susurró, envuelto por competo en la red sensual de aquella hermosa rubia que parecía acogerle con toda su formidable capacidad afectiva—. Ulah...

Ella se limitó a continuar la farsa, con aparente calor y ternura de mujer rendida. En realidad, con helado, inexorable mecanismo, moviéndose lenta e insensiblemente hacia su meta fijada, implacable, rotunda:

La muerte de un hombre.

El asesinato de Montgomery Washbrook.

* * *

—Asesinato... No hay duda, señor.

Perplejo, el capitán Hansen, de la Policía neoyorquina, contempló el cuerpo que sus subordinados se apresuraban a cubrir son una sábana, para cargarlo en una camilla, rumbo a la ambulancia que lo trasladaría a la Morgue, para su autopista.

Se frotó el mentón de áspera barba cerrada, oscura en su sombreado fácil, incluso cuando, como ahora, estaba recién rasurada.

—Que el diablo me lleve... —jadeó—. Un hombre con la personalidad de Montgomery Washbrook... asesinado. ¡Y tiene que sucederme esto a mí!

—La autopsia será más concreta, señor, pero no hay dudas respecto a lo ocurrido, Murió, aparentemente, de un ataque cardíaco. Pero la huella, sobre su piel, aparece clara, ostensible.

—¿Huella? ¿Qué huella? —enarcó el capitán Hansen sus oscuras, frondosas cejas.

—El orificio sobre el tórax. Apenas un simple pinchazo, como la huella de una aguja hipodérmica. Justo sobre el corazón, bajo la

tetilla izquierda. El agujero se encuentra también en su camisa, su camiseta... Horadó todo para penetrar a través de la piel y, seguramente, de los tejidos. Apenas brotaron dos gotas de sangre. Pero eso no cuenta.

—¿Qué supone que pueda ser, doctor?

El forense reveló su propia perplejidad en un gesto vago y un encogimiento de hombros, antes de responder:

—No tengo idea. Pudo ser una cerbatana, disparando una aguja mortífera, o algo así. El estado físico de ese hombre era excelente. Lo que fuese ello, paralizó su corazón instantáneamente. No es un vulgar ataque cardíaco, desde luego.

—Sí, entiendo eso... Además, tenemos a la mujer...

—¿Qué mujer, capitán?

—Una rubia impresionante —las manos del policía dibujaron significativamente en el aire unas líneas curvas—. Pasaba la velada con Washbrook. Se encerraron en este reservado a cenar en la intimidad, sin ser molestados por nadie...

—Y en este reservado halló la muerte —concluyó el oficial de Policía, como una sentencia—. ¡Montgomery Washbrook, nada menos! Cosas así sólo puede sucederme a mí, doctor.

—Entiendo lo que siente, capitán. Washbrook era importante, ¿no?

—¿Importante dice? ¡Y tan importante! Miembro de las Naciones Unidas, presidente de la Comisión Internacional de Armisticios, observador de la Misión de Paz en el sudeste asiático y no sé cuántas cosas más... Voy a tener encima de mí a la ONU, al Pentágono, al Servicio Secreto, a los organismos internacionales, a la opinión pública mundial...

—Le deseo suerte en su fea papeleta, capitán—suspiró el médico forense, camino de la salida del reservado, donde aún aparecían residuos de la selecta y escogida cena pedida por el diplomático y la hermosa walkiria.

—Gracias, doctor —masculló el capitán. Se volvió a un hombrecillo nervioso, descolorido, que entraba en aquel momento. Le interrogó, con aspereza—: Eh, usted... ¿Se sabe por fin quién era la Venus rubia que acompañaba a Washbrook esta noche?

—En absoluto, señor—. Nadie ha podido identificarla aún concretamente. Sólo se asegura que Washbrook la llamada

repetidamente “querida Ulah...”

—¿Ulah? Es un nombre extraño, poco frecuente. Parece nórdico, ¿no es cierto?

—Sí, algo así como sueco o danés. Ella parecía también del norte de Europa. Alta, rubia, exuberante... Muy fuerte físicamente. Una especie de atleta pero de armoniosas formas, llena de sensualidad, nada masculina en su aspecto general.

—Entiendo, sí —pestañeó Hansen—. Alguien capaz de fascinar incluso a un tipo como Washbrook, habituado a ver mujeres bellas. Y de repente, cuando él muere en extrañas circunstancias, asesinado por un misterioso impacto al corazón, según el forense, la rubia dama desaparece como si la tierra se la hubiese tragado... ¡Búsquenla! Dé orden a todas las patrullas, transmitan a toda la ciudad, al país entero, a las fronteras, a aeropuertos y guardacostas, a Interpol y a quien sea, la descripción de esa mujer y su posible relación, directa o no, con la muerte de Washbrook. Es urgente, ¿entiende, Lyman? Muy urgente...

—Sí, capitán —asintió el policía, saliendo con rapidez del reservado fatal.

En la puerta se cruzó con otro agente uniformado que saludó respetuoso a Hansen y le señaló:

—Señor, alguien quiere verle. Es urgente.

—¿Verme? ¿Quién es?

—Un agente de la Oficina Federal de Investigación.

—¡El FBI! —rezongó Hansen, demostrando bien a las claras en su expresión lo poco que le complacía semejante visita—. Lo que nos faltaba. Un federal... Está bien, dígame que pase. Supongo que la muerte de un tipo como Washbrook, obliga a los entrometidos de Hoover a meter aquí sus narices también...

Esperó, con las piernas muy abiertas, apoyándose en ellas como si fuesen dos columnas, las manos hundidas en los bolsillos de su liviano sobretodo gris, la mirada ceñuda fija en la puerta del reservado.

Un hombre alto, joven, de cabello castaño y ojos oscuros, penetró con paso seguro por allí. Llegó hasta él y le tendió su mano, con una media sonrisa.

—Soy Stuart Wade, de la Oficina Federal de Investigación —se presentó—. Delegación metropolitana de Nueva York, afecta a los

asuntos oficiales del Centro de Inteligencia, en asociación en el FBI, capitán Hansen.

—Cielos, la CIA y el FBI juntos... —resopló el oficial de la Policía local—. No se pueden pedir más desdichas juntas, señor Wade.

—No simpatiza con los federales, ¿eh? —sonrió Wade que, sin duda, se hallaba lo bastante habituado a esa clase de hostilidades—. Bien, de todos modos debemos colaborar en esto. Al parecer, es una cuestión que se le va de las manos a la Metropolitana, capitán Hansen.

—Eso lo dice usted, ¿verdad? —fue la fría réplica del oficial.

—No. Lo dice la muerte de Washbrook. Era un importante elemento internacional, de cuyas actividades políticas dependían muchos aspectos de la seguridad nacional y la de otros países aliados, capitán. Su muerte va a crear una difícil crisis en ciertas Delegaciones extranjeras que confiaban en sus misiones pacifistas y diplomáticas... Especialmente, después de lo sucedido en Londres.

—¿Londres? —enarcó sus cejas, todavía hostilmente, el capitán Hansen—, ¿Qué ha ocurrido en Londres, señor Wade?

El agente federal le tendió un papel por toda respuesta. Era un cablegrama dirigido a Washington. Estaba fechado en Londres, pocas horas antes:

“Selwyn Collyer asesinado en club nocturno de Soho. Muerte provocada punción misteriosa sobre el corazón. Parálisis cardíaca inmediata. Le acompañaba una mujer. Sólo se sabe la llamaban Dionne Keitel. Joven, hermosa, elegante, cabello oscuro. Desaparecida después de morir Collyer, importante miembro Comisión Internacional para el desarrollo pueblos de África. Saludos:

Dennis Brighton.

Inspector. New Scotland Yard.”

Capítulo 3

Dennis Brighton era un hombre ancho, fornido, saludable, de sonrosadas mejillas, nariz robusta y ojillos estrechos, vivaces e inteligentes, que sabían escudriñar con fijeza a cualquiera y estudiarlo muy a fondo sin dar la impresión de ello.

Estrechó la mano de Stuart Wade en el aeropuerto de Londres. Luego le escoltó, hablando trivialidades propias del ciudadano que recibe en su suelo a un visitante extranjero de cierta importancia, camino del coche largo, oscuro, con matrícula especial para los jefes de New Scotland Yard.

El sólido “Bentley” cubrió en poco tiempo la distancia hasta el centro de la capital, sin alardes de velocidad por la cuidada y húmeda autopista londinense.

—Se estará preguntando por qué informamos al FBI norteamericano sobre la muerte de un ciudadano británico que servía a la corona como diplomático y observador político en cuestiones africanas —dijo de pronto el inspector Brighton, al descender ambos hombres en el amplio patio de New Scotland Yard, el edificio de Victoria Embankment, frente a Westminster Bridge.

—Pues sí, en cierto modo. Selwyn Collyer era inglés y su muerte acaeció en Inglaterra. ¿Por qué esa urgencia en comunicar con nosotros, inspector Brighton?

—En el fondo, constituía un deber, una obligación, como buenos amigos y aliados de Occidente. La muerte de Collyer podría ser de inspiración comunista, mi querido señor Wade.

—¿En qué fundamenta esa teoría? Tengo entendido que Collyer era sólo un observador diplomático, un experto en cuestiones africanas, que se limitaba a estudiar problemas del Continente Negro, dificultades de convivencia, de vecindad entre los nuevos y diversos Estados independientes del interior de África, y exponía

tales cuestiones ante las comisiones correspondientes de las Naciones Unidas, para la resolución de los problemas y fricciones, en impedimento de una posible serie de guerras internas, siempre factible entre pueblos en actual desarrollo y en período de adaptación a una precoz independencia política, técnica y económica. ¿Me equivoco, inspector?

—En nada, señor Wade. Visto desde ese punto, Collyer era una persona inofensiva, e incluso útil a todos los intereses mundiales en juego, cuya personalidad política no podía perjudicar a nadie, oriental, occidental, o del tercer mundo.

—¿Entonces...?

—Selwyn Collyer había llegado hacía poco de África, para informar al “Foreing Office” sobre una serie de cuestiones relacionadas con Rhodesia y sus vecinos, y tras pasar aquí dos o tres días iba a regresar a África, para investigar algo. Algo de lo que no habló, desgraciadamente, con nadie.

Capítulo 4

El funcionario lo rogó que esperase. Se alejó por la vasta sala, de muros altos, encristalados, asomados al río, a Brooklyn y a Queens, a la isla Welfare, algo más arriba, sobre el East River.

Stuart Wade no visitaba con mucha frecuencia las Naciones Unidas. Lo más cerca que acostumbraba a estar de ellas era cuando visitaba el Bellevue Medical Center, más abajo, en la misma Franklyn D. Roosevelt Drive.

No sentía particular interés por los problemas que se debatían en la ONU. Excepto cuando ellos afectaban de algún modo a su tarea en el FBI, adscrito a la Delegación Metropolitana que trabajaba sincronizada con la Central Intelligence Agency, en Nueva York.

Ahora, las circunstancias le habían llevado allá. Dos rápidos viajes a Nueva York Londres y viceversa, terminaban por el momento en uno de los vastos corredores de altísima bóveda del palacio internacional levantado por el genio de la arquitectura moderna, al filo mismo del río Este, como una ventana grisácea, encristalada, herida por el sol naciente en las mañanas grises y húmedas de Nueva York.

El funcionario regresó, como una figurilla perdida en las dimensiones colosales del recinto encristalado. Le hizo un gesto. Stuart dejó de contemplar los "docks" y la humareda sucia de los remolcadores que desfilaban ante el edificio Internacional.

—Pase, por favor —señaló el empleado de las Naciones Unidas, deteniéndose como simple azar bajo un gran retrato enmarcado, de Dag Hammerskjöld, míster H. Otro líder de la paz mundial, muerto hacía tiempo. Casi otro símbolo, se dijo mentalmente Wade, mientras el empleado concluía—: El señor delegado le recibirá en seguida.

Pasó Stuart Wade a otra cámara, amplia y suntuosa, pero con la sencillez esquemática, casi lineal, de la arquitectura de aquel lugar,

en todas sus formas y aspectos. En el muro, un gigantesco panel, con la esfera del mundo y las iniciales de la ONU, en un juego de blancos y azules.

Debajo, una serie de mecanógrafas con máquinas de escribir eléctricas y una endiablada rapidez en los dedos. Todas ellas con el distintivo de las Naciones Unidas en sus blusas y gorros. Todas ellas eficientes, mecánicas, activas.

Wade les dirigió una sonrisa a todas, que le resultó bastante espontánea. Acaso porque el endiabrado personal femenino de las Naciones Unidas parecía estar seleccionado por un experto en belleza y gracia femenina.

Todas las mecanógrafas eran sencillamente encantadoras y atractivas. También le sonrieron. Wade no pudo saber si por rutina o porque realmente les resultaba simpático.

Quiso pensar que era esto último y a una indicación de la última de la fila, que atendía un interfono de muy baja, íntima tonalidad, pasó por una segunda puerta, acolchada en color escarlata intenso, casi granate.

Allí dentro sólo había un hombre de aspecto importante, a pesar de su vulgaridad y de la sobria apariencia del despacho, radiante de luz por las numerosas vidrieras asomadas al East River.

Se incorporó al ver entrar a Wade. Le tendió la mano, con cordialidad que no parecía en absoluto forzada. Era un hombre rubicundo, de cabello rojizo, tez tosca y ojos azules de cándida aparecía, pero que no miraban en absoluto con la menor candidez.

—Encantado de conocerle, Wade. Siéntese, por favor. Hemos de hablar de varias cuestiones y prefiero que lo hagamos con calma usted y yo. ¿Un whisky, un brandy? Dígame lo que le apetece.

—Mejor brandy, gracias. Con un poco de hielo, si lo hay.

—Aquí hay de todo —sonrió el alto funcionario de la ONU—. Incluso problemas insolubles, mi querido amigo...

Le sirvió el brandy. De un pequeño frigorífico oculto en un mueble de lustrosa madera, extrajo los cubitos de hielo, que tintinearón en el ambarino líquido.

Wade observó que la marca del licorera francesa. Buena garantía de calidad, así como de los gustos eminentemente internacionales de aquel edificio y sus ocupantes. Resultaba bastante lógico, después de todo.

Su anfitrión se sirvió whisky con soda y muy poco hielo. Brindaron ambos, un poco simbólicamente, alzando sus vasos. Bebieron en silencio.

Después, el delegado de aquella importante sección de las Naciones Unidas, contempló a Wade con un brillo acerado en sus celestes pupilas de aire inocente.

—Supongo que se está preguntando ahora por qué diablos está usted aquí, Wade... —fue la primera frase, más afirmando que preguntando, en torno a aquella posibilidad.

—Pues sí, en cierto modo —convino con una sonrisa Stuart Wade.

—¿Ha imaginado las razones concretas?

—Washbrook y Collyer, ¿no?

—Exacto —un suspiro escapó de labios del funcionario de la ONU. Se echó atrás, pensativo, entrelazando sus dedos con aire parsimonioso. Era evidente que mientras lo hacía, daba vueltas a algo en la cabeza. De repente, habló con voz firme—: ¿Sabe que ha habido un tercer caso?

—¿Qué? —Wade se inclinó adelante, sorprendido.

La sonrisa fría de su interlocutor no era un reflejo de un sentido humorístico o risueño, sino más bien un gesto instintivo, un rictus nervioso, para relajar un poco la tirantez de sus nervios.

—Mataron a un tercer hombre, Wade.

—¿Dónde, señor?

—Nueva Delhi.

—¿Otro punto de fricción mundial?

—Eso es: Cachemira, Pakistán, China Comunista, la India y todo eso... Un lugar de encrucijada de muchos intereses en Oriente, de políticas y sentimientos raciales o religiosos muy exaltados. Había allí un alto funcionario de las Naciones Unidas como observador pacífico, tratando de encontrar una solución a ciertos problemas técnicos, para impedir nuevas violencias fronterizas entre unos y otros. De nuevo la ausencia de un enemigo definido, Wade. Pudieron ser los comunistas... o no serlo. Nada les acusa, ni nada prueba su inocencia.

—¿Cómo ha sucedido?

—Lars Hansen era sueco. Experto en problemas fronterizos y soluciones pacíficas. Le enviamos allá en misión oficiosa, con el

asentimiento de los Gobiernos indio y pakistaní. Había celebrado ya algunas conversaciones y su último despacho a esta Secretaría General de las Naciones Unidas era bastante esperanzador. Decía escuetamente: “Fórmula pacífica resuelta. En breve plazo informaré. Espero todo satisfactorio.” ¿Se da cuenta? Esperanzas de paz en el continente asiático. Algo por lo que todos luchamos y en lo que soñamos como un imposible cada vez mayor, en este caótico mundo de hoy, Wade.

—¿Hubo alguna mujer en el asunto?

Sí, la hubo. Una inglesa.

—¿Inglesa?

—Ella dijo serlo. Una dama en apuros.

—¿Qué apuros?

—Arrestada en un puesto fronterizo, por una irregularidad en sus papeles. Era la zona que visitaba Hansen, en la línea de alto el fuego. Las autoridades pakistaníes no querían dejarla marchar. Ella apeló al funcionario de las Naciones Unidas. Hansen estudió su petición. Al parecer, todo estaba en regla. Un documento que los pakistaníes no habían examinado antes, pero que ella llevaba consigo, acaso traspapelado en su equipaje, resolvió la cuestión. Fue libertada. Pero no tenía medios para volver a Nueva Delhi, por haber pasado ya uno de los escasos ferrocarriles que cruzan esa zona y tendría que perder una serie de días en un villorrio cercano. Hansen regresaba a Nueva Delhi con unos funcionarios hindúes, tras haber conversado con unos jefes militares del Pakistán, amigablemente. El regreso se hizo con la dama. Ella declare ser Nadia Knight, de Liverpool, residente en los Estados Unidos y actualmente de viaje por Oriente, para escribir unos artículos con destino a una revista femenina norteamericana titulada “Luxury”. ¿La conoce?

—Nunca oí hablar de ella.

—Nosotros tampoco. Pero estamos investigándolo, por si acaso, a través de su Oficina Federal, Wade. Esto que le refiero, lo hemos sabido por el comandante de las fuerzas hindúes Rawalnat Yahn, que acompañaba a Hansen en el “jeep” pintado con los distintivos de las Naciones Unidas. El hindú asegura que ella parecía toda una dama, era de cabellos rubios, ojos claros, indudablemente culta, inteligente y cosmopolita. Al llegar a Nueva Delhi, Hansen se

ofreció galantemente a escoltarla hasta su hotel. Dejaron al comandante Yahn en el Cuartel General del Ejército indio y siguieron hasta el Orient Palace.

—¿Y bien...?

—Es la última vez que vieron vivo a Lars Hansen, amigo Wade —resopló el alto funcionario del organismo internacional—. La última.

—¿Dónde lo hallaron?

—En el propio "jeep" azul de las Naciones Unidas. Encogido en el asiento, medio oculto el coche bajo unos toldos y cobertizos en desuso, de un suburbio de Nueva Delhi. Le habían asesinado, aunque en principio se pensó en un ataque cardíaco. La autopsia reveló que algo muy agudo, punzante, le había atravesado el corazón. Algo que paralizó en el acto su víscera cardíaca, Wade. Como en los casos anteriores. Y también como en casos anteriores..., ni el menor rastro de la dama de turno...

Hubo un silencio profundo en la estancia de la ONU. Stuart Wade meditaba sobre cuánto le había referido el funcionario internacional. Muchas ideas confusas se agolpaban en su mente y el joven agente del FBI trataba de encontrar para todas ellas un nexo, difícil e inaprehensible.

—No lo entiendo —confesó al fin.

—Nosotros tampoco, Wade.

—Siempre a personas relacionadas con la paz... ¿Por qué?

—Parece haber una respuesta obvia, Wade: porque alguien desea la guerra.

—¿Y es ése el mejor camino?

—Puede ser el más útil, el más silencioso, lento y seguro. No sabemos nada. Vamos tanteando hasta ahora en la oscuridad. Sólo hay un puñado de factores, comunes a todos los asesinatos, que debemos estudiar minuciosamente.

—Sí, estaba pensando en ello, señor.

—Me interesaría saber, Wade, qué factores son exactamente éstos, a juicio de usted. Luego cambiaremos impresiones, por si entre los dos podemos ver más claro.

—De acuerdo —Wade entornó los ojos, meditativo. Hizo una pausa y comenzó a enumerar—. Primero: los tres hombres eran pacifistas, ya hemos hablado de ellos. Y los tres, en misión de paz

en un punto de fricción mundial, o a su regreso del mismo. Los tres, del sexo masculino. Los tres, asesinados por una mujer joven y bella. Los tres, muertos de una punzada mortal en el corazón.

—¿Es todo, Wade?

—Las mujeres no se parecen físicamente entre sí. Ni es fácil que sean una sola mujer, sino varias. Eso denota algo: organización. Una amplia organización, señor.

—Sí. Pero... ¿ninguna coincidencia más?

—Ninguna... —Wade torció el gesto. Sonrió, irónico, meneando la cabeza—. Bueno, a menos que...

—A menos... ¿qué?

—Que no sea una coincidencia más sus apellidos: Kransen, Keitel y Knight. Las tres damas, tenían apellido empezando por la letra K.

—¡Exacto! ¿Por qué, Wade? He pensado también en ello. Esperaba que usted se diera cuenta de la rara casualidad. Kransen, Keitel, Knight... Puede ser coincidencia, pero resultaría excesiva, en tres casos aislados. El nombre no tiene semejanza en ninguno de los casos: Ulah, Dionne, Nadia... Pero los apellidos... Todos con la letra K. ¿Qué puede significar?

Stuart Wade estaba pensando en algo. De pronto se echó a reír. Fue una risa breve, ahogada. Pero sorprendió notablemente a su interlocutor, que enarcó las cejas, contemplándole intrigado.

—Eh, ¿por qué se ríe? —indagó el funcionario de aquel Departamento especial de la ONU—, ¿Hay algo que tenga gracia, Wade?

—No es eso exactamente, señor. Es que... mi propia idea me hizo reír. Es absurda. Pero se me ocurrió de pronto... y me preguntaba si tendría sentido.

—Diga lo que sea, Wade.

—No tiene el menor fundamento, señor. Es... sólo una ocurrencia arbitraria, algo que me sugirió esa letra K, tan singularmente repetida en tres casos de asesinato.

—Aun así. Se lo ruego, amigo mío. Dígame que pensó.

—“Killer”

—¿Eh? —pestañeó el funcionario internacional.

—“Killer”, señor. De “To Kill” (“To Kill”; verbo inglés. Se traduce por “matar”. “Killer” es, por tanto, traducido literalmente, “matador”).

Pero, naturalmente, para evitar falsas interpretaciones en español, su auténtico símil en nuestro idioma es, en este caso, "asesino", "ejecutor", pese a que "murderer" es más correcto en ese sentido. (N. del E.)). ¿Entiende?

—Sí, claro... "Killer"... Ulah Killer, Dionne Killer, Nadia Killer... Tiene sentido, ¿no? No me parece ninguna tontería, Wade.

—¿Se da cuenta de lo que dice, señor. —Wade le miró fijamente, con interés, con cierta tensión en la voz.

—¿Qué dije?

—Eso sugiere algo más que una simple organización. Sería casi un desafío, una burla, una bravata de los organizadores, de los que ordenaron esos asesinatos. Mujeres asesinos. Verdugos con faldas, señor. Organizadas, frías, inexorables. ¿Cuándo se hizo algo así?

—Nunca. Esta vez podría ser la primera. Ejecutores del sexo femenino. ¿Quién puede engañar, fingir, confiar mejor a un hombre, que una mujer atractiva, joven y apropiada a la psicología de cada personaje elegido para morir?

—Es fantástico. Pero también resulta fantástico matar a los delegados de las Naciones Unidas por ese procedimiento. Una Mafia política, internacional... que alquila damas en vez de pistoleros. Pero igualmente despiadada que la propia Murder Incorporated. ¿Era sobre eso acerca de lo que quería hablarme?

—No, exactamente—rechazó el funcionario de la ONU—. Recuerde que acabamos de llegar a esa conclusión extraña de las tres K. Usted también lo advirtió. Y ha dado una sugerencia muy aceptable. Cierta o no, creo que nos encontramos frente a un mismo organismo, un movimiento secreto, encaminado a eliminar a todos los pacifistas y a cuantos puedan contribuir a la paz mundial en la actualidad. Ese si era el tema del que quería hablarle, Wade. Casualmente o no, usted ha asistido ya a dos casos concretos de tal misterio. Le ruego que se ocupe de él, en nombre de las Naciones Unidas.

—¿Yo? —Stuart se quedó sorprendido, mirando a su interlocutor—. Creí que el Organismo Mundial tenía ya personal especializado en cuestiones así...

—Mi querido amigo, partamos de la base de que cada hombre asesinado era un miembro de la ONU, y, sin embargo, le identificaron y reconocieron a la perfección.

Ello denota una filtración, una fuente informativa de la propia Organización Mundial, que da al enemigo oculto los datos precisos.

—¿Aquí, en Nueva York?

—Puede ser aquí, sí —se encogió de hombros el funcionario internacional—. Pero también en Ginebra, en Londres, en París, en Madrid o El Cairo. Tenemos delegaciones en todo el mundo. ¿Dónde puede estar el confidente? Sería cómo buscar una aguja en un pajar. Lo que sí le garantizaré es lo siguiente: absolutamente nadie, fuera de mi propio Departamento, sabrá que usted investiga en este caso. El FBI me ha dado una autorización para elegir a su agente o agentes más idóneos para la misión e igualmente contamos con la cooperación de la CIA, así como del Intelligence Service británico y del MI-5 de igual nacionalidad. Yo he pensado en usted. ¿Quiere ocuparse del caso, Wade?

El federal meditó en silencio, hundido en su asiento. No era un regalo de Pascua, precisamente, lo que le ofrecía la ONU en bandeja de plata. Aunque hubiese tenido alguna razón personal para rechazar el caso, su propia curiosidad de policía, su afán de ser útil al país que le había visto nacer y al que juró servir con todo amor y lealtad desde el día mismo en que abandonó la Reserva Naval de Quántico, le hubiesen impulsado a dar la respuesta que dio:

—Sí, señor. Me ocuparé de él.

Capítulo 5

—¿Se ocupará de él? ¿No ha dudado usted al responder eso a la persona que le hizo la oferta en nombre de la Organización de las Naciones Unidas, Wade?

—En absoluto, inspector. En cierto modo, me hallaba ya mezclado en este asunto, desde el día que me encontré con el capitán Hanson en aquel reservado del restaurante. Si alguien del FBI debe colaborar con la ONU, por el interés de ese misterio ¿quién mejor que yo, que ya me sentía intrigado por el enigma de las damas asesinas?

El inspector Huhg Dunnock, de la Oficina Federal de Investigación, Delegación Metropolitana de Nueva York asociada a la Delegación de la Central Intelligence Agency, tabaleó pensativo sobre la mesa, inclinándose para estudiar con más interés a su subordinado.

—¿Y se ha fijado bien, Wade, en que carece usted de todo punto de partida para llegar a algún punto concreto en esa investigación? —insinuó con cierto sarcasmo.

Stuart afirmó despacio, con un movimiento de cabeza.

—Me he dado cuenta, señor—convino.

—¿Qué espera hacer para procurarse un hilo, cualquiera que sea, capaz de ayudarle a desenredar el ovillo? Los lugares de la supuesta acción criminal son tres bien distintos: Nueva York, Londres y Nueva Delhi. Los Estados Unidos, Gran Bretaña y la India. ¿Adónde se dirigirá para investigar algo sobre esas mujeres misteriosas y terribles?

—A ninguno de esos lugares ciertamente, señor.

—¿Cómo?

—Allí sucedieron ya los hechos. He de elegir otros puntos de la Tierra donde sea factible que una hermosa mujer, acaso con el apellido iniciado en K, trate de matar a otra persona.

—Es pura teoría. ¿Dónde será eso, Wade?

El agente del FBI, miró a su superior larga, pensativamente. Luego, sonrió entre dientes, con cierto brillo burlón en el fondo de sus claras pupilas.

—Donde yo esté, señor—fue la respuesta.

—¿Usted? Sería una casualidad tan increíble, que no hay quien confíe en ella. El mundo es un pajar demasiado grande para buscar una aguja tan pequeña e improbable, Wade.

—Yo no buscaré la aguja. Será ella la que vendrá a mí.

—No le entiendo... —tartajó el inspector federal, aturdido—. ¿A qué se refiere?

—A esto, señor —extrajo unos documentos del bolsillo, con el azul membrete de las Naciones Unidas, Sede Central de Nueva York. Los dejó sobre la mesa de su superior en la Oficina Federal—. A partir de ahora, soy el ciudadano norteamericano Lan Godfrey, miembro de la Comisión de Paz Internacional de las Naciones Unidas. El Departamento Técnico Federal deberá proveerme de documentación apropiada y tener una ficha con mis huellas y datos, a nombre de Lan Godfrey, en cuanto sea solicitada por cualquier organismo o departamento policial del mundo. Y la visita oficial de Godfrey, en misión pacifista, bastante necesaria por cierto, será a Saigón en Vietnam del Sur...

* * *

Saigón.

Encrucijada del sudeste asiático. Punto crítico de una gran crisis política y bélica del mundo actual. Saigón, en la punta meridional de la vieja Indochina. Como Corea, dividida en Vietnam del Norte y Vietnam del Sur. Hanói, como capital del Vietkong. Saigón, capital sud vietnamita.

En cualquier caso, un foco de violencia, de muerte, de caos. Una antorcha de belicismo, de intereses opuestos, de contienda civil, espoleada por el coloso amarillo Al Norte y por el coloso yanqui al Sur. Una situación mundial insostenible, tensa, erizada de incógnitas sombrías para el orbe de paz.

Saigón, con casi trescientos mil habitantes, una mezcla indescriptible de europeos, americanos, nativos, chinos, siameses y malayos, por callejas populosas, habitualmente estrechas, salvo en

los bulevares, salpicados de edificaciones blancas, de tipo europeo, de escaso número de plantas, pagodas con leones dorados en los accesos escalonados y puntiagudos tejados superpuestos, con gracia oriental heredada de remotos tiempos.

Todo eso y un puerto repleto de canoas a motor, lanchas de guerra norteamericanas o sud vietnamitas, “juncos” chinos, barcasas, puestos flotantes para la venta de sedas, perlas o mariscos, y unos suburbios míseros, fangosos y tristes, donde el fatalismo de Oriente parece morar de forma eterna y perezosa, indiferente al paso de los tiempos, las generaciones y los extranjeros, franceses, ingleses o americanos, a lo largo de los períodos de hegemonía en un mundo habitualmente arrancado a las manos de los propios orientales por el afán colonialista o simplemente político de las grandes potencias mundiales.

Abundan los uniformes por las calles. Tropas expedicionarias de la “Navy” o de la USAF, mezcladas con naturales del país en uniforme bastante similar; eran los aliados sud vietnamitas, en la guerra civil e ideológica con el peligroso vecino del Norte.

Pero el viajero no parecía particularmente interesado en el aspecto bélico y belicista de la ciudad, en sus numerosos sacos terrenos, estratégicamente situados ante el Cuartel General del Ejército de Vietnam del Sur, ante el edificio del Gobierno, ante el Club norteamericano, los hoteles occidentales, los edificios reservados a los refuerzos de los Estados Unidos, y otros puntos estratégicos de la ciudad.

El “jeep” militar, ostentando ahora una bandera blanca, un distintivo igualmente blanco en la carrocería gris del coche y el emblema azul y blanco de las Naciones Unidas ostensiblemente expuesto, cruzó los bulevares, abriéndose paso con dificultad, a golpes de claxon y gracias a la habilidad notable del suboficial norteamericano que conducía el vehículo a través del denso conglomerado de gentes de todas las razas, colores e indumentarias imaginables.

—¿Qué lugar es aquél? —preguntó el viajero de traje gris claro, sombrero “panamá” y ostensible distintivo de la ONU en su solapa.

El conductor miró en la dirección indicada. Se encogió de hombros, con el escepticismo propio de quien ya conoce una cosa y por bella que sea, no la encuentra nada excitante.

El templo por el que pasaban ahora, era realmente hermoso, una filigrana pasmosa en piedra blanca, jade y mármoles, salpicada de dragones, leones alados, rostros de máscaras orientales y simbolismos religiosos indochinos.

—Es la Pagoda de la Paz de los Siglos —explicó sin ningún aire poético a pesar del delicado nombre del templo oriental.

—La Paz de los Siglos...—suspiró el viajero—, ¡Qué hermosa frase...!

El conductor del “jeep” le miró de soslayo. Meneó la cabeza, dubitativo.

—Me gustaría que viera usted los morteros del Vietkong haciendo fuego sobre nosotros. No hablaría entonces así...

—Sé lo que quiere decir—sonrió el forastero en Saigón—, Pero también me gustaría que supiera usted lo que yo quiero decir...

—Escuche, señor Godfrey, ¿no se llama usted así? —viró junto a un edificio de tipo colonial, reservado a estafeta postal y despacho de cables—. Sé que las Naciones Unidas le envían a usted en una misión de paz o cosa parecida. Lo sabemos todos en Saigón. Aquí, las noticias vuelan como una llama sobre un reguero de pólvora y no le extrañe demasiado que es Hanoi lo sepan hasta las moscas. Pero no creo que logre nada práctico señor. Ni los del Vietkong, por sus razones particulares, ni nosotros por las nuestras, es fácil que cedamos a componendas sobre mesas de conferencias. Ya hubo bastante con Pan-Mun-Jon-

—El mundo es escéptico con la paz, amigo mío—suspiró Lan Godfrey, de la ONU—, Pero los hombres de buena voluntad confiamos en ella todavía. Y lucharemos con todas nuestras fuerzas por persuadir a unos y otros de que el mejor camino de la convivencia humana es el de la amistad, el orden y la mutua comprensión entre los pueblos.

—Sería hermoso eso, desde luego —asintió, distraído, el chófer militar adscrito ahora al servicio del enviado de la ONU en Saigón —pero no le auguro mucho éxito en esta visita, señor Godfrey. Ni en uno ni en otro bando, créame. Es más, no me parece que a los respectivos mandos militares, en Hanoi o aquí, les satisfaga demasiado la presencia de un emisario de las Naciones Unidas. ¿Le han aceptado tácitamente ambas partes?

—No, no —rechazó Lan, sonriente, y se acomodó en el “jeep”,

contemplando apacible el pintoresco panorama de su derredor—. Es una iniciativa oficiosa del Organismo Internacional... y mía también. Tengo un proyecto, amigo mío. Un interesante proyecto que ofrecer a ambos beligerantes.

—¿Sobre la paz? —el soldado se encogió de hombros—. Créame, sería el primer interesado en que eso fuese cierto. Tengo novia allá en casa, ¿sabe? En Tennessee. No me gusta batirme el cobre en esta tierra lejana. Pero tengo que hacerlo, porque mi país me lo pide y yo soy un soldado. Pero ¿dónde experimentarían los grandes elementos de combate unos y otros, dónde probaríamos armas, tácticas y todo eso, si no hubiese guerras como ésta, señor Godfrey? ¿Cree que los grandes “trusts” mundiales del acero, de las grandes industrias de material bélico, no importa de qué país o matiz político, permitirían que los pueblos se amasen fraternalmente, para final de su bonito negocio? No, no sea idealista, mi querido amigo. ¿Se ha dado cuenta de que todo el que realmente ama la paz... termina muerto o despreciado por lo demás?

“Termina muerto... ‘Muerto’.”

Era una gran verdad. Una vez fue Hammerskjoeld, secretario general de la ONU. Acaso accidentalmente, acaso no... Ahora, eran otros nombres: Washbrook, Collyer, Hansen... En Nueva York, Londres, Nueva Delhi...

Se preguntó si el próximo sería Lan Godfrey. En Saigón.

Lan Godfrey, emisario de paz oficioso del Organismo Internacional radicado en Nueva York.

O, mejor dicho, Stuart (Mary Stuart, en inglés, es el nombre de María Estuardo, reina de Escocia. En inglés, Stuart puede ser nombre o apellido.) Wade, agente especial del FBI, representando en Saigón Vietnam del Sur, el papel del hombre de la paz. El papel de un hombre que podía morir, víctima de las oscuras fuerzas que mueven las guerras en el mundo...

La idea no le gustó. Iba a comentar algo en voz alta, para alejar de sí esas preocupaciones, cuando el suboficial norteamericano frenó el “jeep” y le comunicó:

—Hemos llegado al hotel, señor Godfrey. Este es el Bengala.

Stuart Wade alzó la cabeza. Contempló la blanca fachada colonial del hotel más céntrico de Saigón. Se dispuso a saltar del “jeep” a la acera.

Entonces vio a la mujer.

Capítulo 6

Cabellos rojos, pupilas verdes, boca carnosa, tan roja como el cabello. Nariz breve, cutis rosado, unas leves manchas, unas tenues pecas en las mejillas.

Figura armoniosa, piernas largas, esbeltas, realizadas por la espuma blanca del pantalón ceñido, elástico, bajo la blusa amarilla, abotonada sobre un busto juvenil, llamativo, de agresivas formas.

Todo eso, forzosamente tenía que constituir un conjunto de primera línea. Algo capaz de llamar la atención de cualquier hombre. Y Stuart Wade, además de agente federal en servicio era hombre. Y hombre interesado por la belleza femenina.

Contempló abstraído a la dama. Ella no le había visto siquiera. Contemplaba con interés una serie de baratijas del país, colgadas bajo un toldo de colores desvaídos por el sol, en un puestecillo callejero, frente al Bengala Hotel.

Un nativo rugoso y locuaz trataba por todos los medios de hacerle la propaganda al género, en una indescriptible jerga, mezcla de inglés, francés y vietnamita.

La dama de cabellos rojos no parecía particularmente interesada en escucharle, pero si en la contemplación de un curioso collar de piedras verdes, acaso de jade, engarzadas por una simple cadenita de plata y rematado en un medallón con una carátula oriental en marfil.

De súbito surgieron los dos hombres. Uno por la esquina inmediata. El otro, justamente del lado de la dama europea —o americana, eso no podía asegurarlo Stuart Wade—, de un grupo de aparentes curiosos desocupados que rondaban el puestecillo.

Gritó ella. De su brazo saltó el bolso de correílla larga, a un impulso violento del hombre más próximo. Otro, con idéntica faz de oriental que el anterior, y vestido de oscuro, recogió la prenda en el aire, como un consumado jugador de rugby, y se lanzó a la carrera

hacia la bocacalle inmediata.

A su vez, el primer hombre, el que le arrebatara el bolso, se precipitó en sentido opuesto..., justamente de lleno en los brazos de Stuart Wade.

El federal había presenciado la escena, en su vertiginosa rapidez, sin poder intervenir a causa de la misma. Pero tener cerca de sí al primero de los rateros era demasiada tentación para seguir su marcha impasible hacia el hotel.

Rápido, estiró una pierna, cuando el ratero, eludiendo hábilmente, con una agilidad felina, buscaba en la evasión su impunidad. La zancadilla resultó.

Con un trompicon y una blasfemia en lenguaje nativo, el vietnamita brincó, yendo a parar de bruces a la acera. Wade se revolvió, yendo derecho hacia él, pero ya el contrincante se incorporaba, como si fuese un muelle elástico, vibrando al choque con el suelo, para recuperar la posición normal. Veloz, lanzó algo contra el hombre de raza blanca que se le venía encima.

Un cuchillo.

Un arma blanca, extraída casi mágicamente de sus amplias ropas oscuras. Una hoja de acero que centelleó, buscando el vientre de Stuart Wade.

Con la misma elasticidad felina que su contrario, el joven saltó de costado, tintó, sintiendo el zarpazo sibilante del filo acerado junto a sus ropas, y tuvo a su merced, durante una décima de segundo o poco más, al maleante de rostro apergaminado y ojos de almendra.

Suficiente tiempo para un experimentado, atlético, capacitado agente federal. Suficiente, e incluso demasiado para la celeridad pasmosa de los reflejos de Wade, uno de los mejores hombres en puntuación durante los cursos de preparación física, lucha y “judo”, en las aulas de Quántico.

Le aferró el brazo armado con una sola mano, férrea y curvada como un gancho de acero. Tiró de él. Alzó en vilo el cuerpecillo enjuto y ligero, pero musculoso, prieto, del oriental agresor. Lo volteó, igual que un monigote. Luego, con la otra mano sujetó su cintura. El cuchillo tintineó en la ancha acera del Bengala Hotel.

Inmediatamente después, apenas un par de segundos más tarde, el cuerpo del vietnamita caía estrepitosamente, con un aullido de

dolor y la espalda curvada por una flexión durísima..., justo a los pies del suboficial del "jeep", que, rápidamente encañonó al caído con su pistola automática, extraída de la funda de su cinturón.

—Será mejor que no te muevas, hijito —avisó el militar americano duramente—. No me gustaría vaciarte el cráneo, por inútil que lo tengas...

Wade apenas le dirigió una mueca de agradecimiento a su compañero de viaje desde el aeropuerto, antes de lanzarse en vertiginosa carrera hacia la calleja inmediata, incluso pasando por alto los gritos y protestas de la dama pelirroja, pidiendo ayuda para recuperar su perdido bolso.

Había perdido mucho tiempo, quizá demasiado para pisarle los talones a un nativo delgado, huido, rápido, experto acaso en hurtos de esa especie, y conocedor perfecto del terreno que pisaba.

Wade se encontró ante un callejón en rampa ascendente, salpicado de escalones, de recovecos y de curvas cerradas, en torno a esquinas mugrientas, cuerdas con ropa tendida y rótulos en idioma oriental, que le eran perfectamente inútiles.

Se tropezó con algunas caras amarillas, tan inexpresivas y vacías como aquella carátula de marfil que tanto atraía a la dama de los cabellos rojos.

No se molestó en preguntarles. Los orientales le miraron, indiferentes, pese a su expresión crispada, su rápida carrera, sus cabellos en desorden. No ofrecían la menor duda para confiar en una ayuda espontánea, ni siquiera forzada.

Los dejó atrás, saltó escalones de piedra, de tres en tres e incluso de cinco en cinco, y reptó por el callejón sinuoso, elevándose hacia la parte alta de un dédalo de callejas de vecindad, salpicadas de ropa tendida, de tienduchas indefinibles y de apergaminadas viejas sentadas en las puertas de sus viviendas, mostrando al tibio sol matinal una epidermis surcada por los años, y, tal vez, la depauperación de los países subdesarrollados.

También dejó atrás parte de eso, alcanzando una especie de plazoleta de mercado, muy similar a los zocos árabes o a los mercadillos chinos de Hong-Kong.

Había allí mucha gente, y casi toda vestida con amplias ropas oscuras, de tonos grises, pardos o azul oscuros, sobre pieles amarillentas, del color de la aceituna. Cientos de ojos almendrados

le contemplaron bajo los gorros de paja, con indiferencia u hostilidad. Alguien le gritó:

—¡Yanqui, compra algo y no molestes! —y lo dijeron en un aceptable inglés.

Stuart encajó las mandíbulas sin responder. Pasó como una exhalación entre los tenderetes, los vendedores y compradores. Derribó a un molesto comerciante que le ofrecía baratijas, y a un mozalbete con una canasta de frutas que le dirigió improperios en lengua vietnamita.

Siguió adelante, salvando obstáculos humanos, rumbo a una mancha naranja que había atraído su atención, allá al otro extremo de la plaza, antes de perderse por una puertecilla entornada, bajo el rótulo en vietnamita e inglés que rezaba ostensiblemente en una mugrienta, desconchada fachada.

“Lavandería. Tintes.

Especialidad en prendas militares”

Los vietnamitas no desaprovechaban ocasión de ofrecer sus martingalas comerciales a las tropas aliadas de su Ejército. Lo de siempre, pensó Wade, recordando aún que el bolso arrebatado a la dama del cabello rojo, frente a la puerta del Bengala Hotel, tenía aquel mismo brillante tono naranja del objeto que se había perdido en la puerta de la lavandería.

La alcanzó. Acaso por azar, o acaso no, la puerta se abría del todo al llegar él, para dar salida a un par de gesticulantes y parlanchines nativos, portando tres enormes, voluminosos cestos, repletos de ropa recién lavada. Entre ella había uniformes de la “Navy”, ciertamente.

Sin demasiados rodeos, Wade pegó un formidable empujón a los dos vietnamitas, a sus cestos y a las ropas, desparramando todas éstas por la acera y el interior de la tienda, en medio del griterío chillón, casi ratonil, de los individuos de rostro de pergamino y ojos de almendra, bajo los grasientos cabellos, negros y lisos.

—¡Dejen paso! —jadeó Wade furioso—. ¡Vamos, a un lado!

Penetró en la tienda resueltamente. Una gruesa mujer oriental trató de cerrarle el paso. Wade la separó a un lado, sin replicar, por el procedimiento expeditivo de darla un buen empujón contra el

mostrador de la lavandería.

No se sintió muy afligido al verla rebotar como un pelotón de goma contra una estantería repleta de bolsas de papel para ropa lavada, con caracteres chinos y una pésima redacción inglesa.

Le gritó ella algo, seguramente mal sonante, pero no la hizo caso y se adentró en las profundidades de la casa. Cruzó ante unas máquinas de lavar, “made in USA”, donde unos vietnamitas batían la ropa afanosamente. Le miraron, inexpresivos, y poco amistosos.

Wade los dejó atrás, penetrando en un corredor largo, húmedo y oscuro, al final del cual se vela algo parecido a un campamento de banderolas blancas y caqui. No era un campamento, sino simplemente un patio destinado a orear y secar las ropas recién lavadas.

Allá, ante él, una mancha naranja reptaba por un muro de ladrillos, tras cinco o seis hileras de prendas tendidas a secar en largos alambres recubiertos de plástico.

Wade no se esforzó en darle el alto. Conocía la especie y sabía que, en tanto existiese una sola posibilidad de escaparse con el bolso de la extranjera, el vietnamita no la desaprovecharía, renunciando a la fuga. Pasó dificultosamente entre las bandas de ropas, enredándose en algunas de ellas.

Soltó una imprecación, pegó un tirón tan fuerte a una de las tiras que la derribó íntegra, brincando por entre ella para zafarse del enredo y alcanzar al fin la tapia.

Su perseguido ya desaparecía al otro lado, pero ahora Wade sabía que había ganado terreno. Un terreno que no quería perder. Escalar el muro de ladrillo era cosa fácil y rápida para un hombre de su elasticidad.

Lo salvó en varios segundos menos que su contrario, y cuando asomó por la parte alta, el fugitivo doblaba un recodo, en otra calleja, empinada y angosta, siempre con la mancha naranja del bolso a remolque.

Stuart Wade brincó, flexionando las piernas. Cayó en medio de la estrecha, maloliente calzada y prosiguió la persecución. Alcanzó la esquina.

El ladronzuelo volvió la cara, exasperado. Vio un gesto de temor y de ira en el rostro amarillo, joven y huidizo. El otro patinó en un charco de agua sucia, fue contra una pared y perdió el monedero,

que escapó de sus dedos, para aterrizar en el charco.

Wade esperaba que el ladrón huyera sin su botín, pero no fue así. Había unos pillos muy audaces en el actual Vietnam, pensó con celeridad, al ver en la mano olivácea del adversario el destello repentino de una navaja automática, cuyo chasquido tuvo la acritud de lo desagradable e imprevisto.

—Yanqui, váyase —jadeó—. Váyase, o le mato...

Su inglés malo, pero no tanto como para no entenderle. Wade sonrió glacialmente. Llevaba un arma consigo. Podía disparar, desarmar fácilmente al ladrón. Pero no sería lógico, en un emisario de paz, andar a tiros por Saigón.

Había ido allí con una personalidad que no era la suya, y debía conservarla cuidadosamente. No podía correr riesgos. Los únicos que le estaban autorizados eran los de encararse, en inferioridad de condiciones a un arma blanca o a un arma de fuego, si era el enemigo quien las utilizaba. Pero no él, mientras fuese para todos LanGodfrey, funcionario de la ONU.

—Será mejor que lo tires —avisó, dando un paso adelante—. Si me hieres, pueden fusilarte. ¿No recuerdas que éste es un país con leyes militares en estado de guerra, estúpido?

Debía entenderle. Su rostro era inteligente, sagaz, lleno de astucia y de malevolencia. También de odio, de rencor, de amargura y muchas cosas más.

Wade, fugazmente, dando otro paso adelante, que provocó un espasmo en la mano armada, y un agrio destello del estrecho acero afilado, se preguntó si el hambre y la miseria no serían la causa de sucesos como éste...

—¡No! —sonó ronca la voz del nativo—. Deje ese bolso, yanqui. ¡Fuera! Le mataré, no importa lo que suceda... Mis hermanos..., mis hermanos comerán..., aunque tenga que ser a costa de su cadáver...

Wade sabía ya algo: hambre. El hambre. El hambre mueve fácilmente un arma homicida. Sobre todo el hambre de los demás. Hambre y guerra, pensó, dando el tercer paso hacia el adversario. Siempre van juntos los dos espectros, los dos jinetes apocalípticos.

El ladrón le tiro un tajo vibrante, vertiginoso. Wade saltó sintiendo cómo se rasgaba la manga de su americana y la de su camisa también. La punta de la navaja rozó, sibilante, su piel, acaso haciéndole saltar alguna gota de sangre, pero nada más.

Wade, veloz, disparó su zurda, en un golpe seco, un impacto durísimo, a estilo "karate", con el filo de la mano, cortante como un hacha.

Crujió el codo del agresor, alcanzado de lleno. Chilló el ladrón, se abrieron sus dedos dócilmente, tintineó la navaja en unas piedrecillas del callejón...

Quiso echar a correr, huir de allí. Wade, rapidísimamente, le rodeó con un brazo hasta apoyar la mano en la nuca. Le hizo girar, como un muñeco, inmovilizándole un brazo atrás, en una llave dolorosa. El prisionero gimió, pataleando inútilmente.

—Te lo advertí —silabeó Wade junto a su oído—. Es mala cosa robar. Y peor aún pelear, intentar herir o matar a un hombre... ¿Por qué lo haces? ¿Por qué?

—Mis hermanos... mis hermanos... —sollozó el ladrón.

—¿Quieres darles de comer acaso?

—Sin...

—¿Con dinero robado?

—El dinero vale poco en Vietnam... Necesita uno mucho... para un poco de arroz, pescado...

—Entiendo —Wade resopló, soltando bruscamente a su prisionero. Le lanzó a tierra, Allí se quedó agazapado, jadeante, casi llorosos sus ojos almendrados, mirándole vencidos, patéticos, con la eterna expresión de desesperanza de los vencidos.

Wade recogió de un rápido manotazo el bolso color naranja. Luego hundió una mano en el bolsillo de su pantalón. Al sacarla, arrojó al muchacho un puñado de billetes. Billetes de dos dólares. Llovieron junto a sus manos engarfiadas en el barro. Los contempló atónito. Wade habló, antes de dar media vuelta y alejarse.

—Compra algo para que coman tus hermanos... Y trabaja, haz algo, cualquier cosa..., menos robar.

Se alejó, rodeando la tapia de ladrillo, para buscar alguna otra calleja que le reintegrara a las vías céntricas, al hotel, cerca de la dama de cabellos rojos que allí se quedó víctima de la fechoría de los pilletes de Saigón.

Capítulo 7

—¿Como podré agradecerérselo, señor...?

—Godfrey, Lan Godfrey... —le tendió, cortés, una tarjeta color marfil, con letras impresas en relieve. Se inclinó casi ceremonioso—. A su disposición, señorita...

—Hazel —sonrió la pelirroja—. Hazel Kenney. Es usted norteamericano, ¿verdad?

—Exacto. Y usted inglesa.

—Exacto —rió ella—. Más bien escocesa... Salvó mi bolso, señor Godfrey. Y con él mis documentos, mi dinero y mis objetos personales. Le estoy muy reconocida.

—No tuvo importancia —se encogió de hombros Wade—. Eran simples raterillos.

—Pero peligrosos. Iban armados, ¿no?

—Todo el mundo es peligroso donde hay guerra y se pasan calamidades. La gente, entonces, da poco valor a la vida. A la propia y a la ajena, claro. Se familiarizan las gentes con la muerte, la sangre, la violencia... Durante la guerra mundial, sé de niños que jugaban alegremente a enterrar animalitos muertos y construían cementerios de juguete. No era culpa de ellos, sino de nosotros, que les enseñábamos a tales cosas, señorita.

—Es usted un pacifista terrible —suspiró la joven inglesa. Se abanicó, pensativa, con la tarjeta, tras echarle una ojeada—. Naciones Unidas, señor Godfrey... ¿Misión de paz?

—En cierto modo —Wade se encogió de hombros con una sonrisa—. Ni Hanoi ni Saigón han consultado sobre eso a la ONU. Es una simple tarea de observación, de estudio. Redacción de informes técnicos y cosas así, para que algún día decida la Comisión de Pacificación. Todo es muy complicado, créame. Vivir en paz no es fácil hoy en día.

—¿Lo fue alguna vez? —ella hizo un gesto mitad risueño mitad

pensativo—. Bien, yo voy al hotel... No debía entretenerme ahí afuera viendo baratijas. Ya me advirtieron acerca de Saigón, pero estos lugares tienen un encanto especial y una se encandila fácilmente. Es el misterioso atractivo de Oriente, ¿no cree, señor Godfrey?

—Es posible. O puede que el tópico influya en nosotros más de la cuenta...—Wade contempló de reojo el puestecillo callejero.

Las piedras verdes y la pequeña carátula de marfil a guisa de medallón o dije, aún parecían allí colgadas. Con un impulso se aproximó al negocio ambulante. Preguntó algo, regateó un momento y terminó pagando seis dólares. Regresó junto a la dama de la cabellera roja, con el collar de jade y marfil. Se lo tendió.

—Recuerdo de un turista americano a una turista escocesa. Tome el collar.

—Oh, no debió usted de...

—Vamos, vamos. Le gustó ya antes, ¿no es cierto? A usted le hubiesen cobrado al menos cinco veces más. Resultó barato y será un buen recuerdo de su visita a Saigón. y de un bolso robado —se echó a reír, al ver que ella lo tomaba, contemplándolo con absorto interés—. Como usted dice, el misterioso atractivo de Oriente...

Ella le miró. Tenía los ojos profundamente verdes. Más verdes que el jade de aquel collar, que colgaba entre sus dedos esbeltos y delicados, de bien manicuradas uñas, desprovistos de alianzas matrimoniales o cosa parecida.

Wade siempre se fijaba en eso al conocer a una mujer. Y más si la mujer era joven y atractiva. Hazel Kenney lo era.

—Por favor, ¿quiere acompañarme al bar del hotel? —suspiró ella—. Me gustaría tomar algo para pasar el susto. Y una copa, es un buen principio para la amistad de dos extranjeros en una tierra lejana, ¿no le parece?

Era una forma encantadora de invitarle a hacerla compañía. Hazel Kenney era una mujer decidida y sociable. Tenía que saber forzosamente de su atracción para los hombres y del halago de los piropos masculinos a su persona.

En cierto modo, estaba compensándolo de su hidalguía en el robo del bolso y del obsequio insignificante, pero grato para ella, del collar de jade.

—Es un honor inesperado —Godfrey inclinó la cabeza, tan

ceremonioso como podría serlo un compatriota de la dama—, Gracias, señorita Kenney. Permítame...

La escoltó al fresco interior del hotel. En los techos de las amplias salas abundantes en persianas y puerta de rendijas, junto a amplias palmeras tropicales, giraban las aspas de los ventiladores, combatiendo un poco el bochorno de la ciudad en época de calores húmedos.

Se acomodaron en una mesita, de la hilera de seis o siete que formaban línea frente al bar del hotel. Godfrey dio una propina a un muchacho, un “botones” del hotel, de raza oriental, para que llevase sus maletas a la habitación reservada a Lan Godfrey por el embajador de los Estados Unidos en Saigón.

El muchacho se apresuró a cumplir la orden, en especial cuando sintió en su mano el crujiente rollo de papel moneda americano.

Wade suspiró, meneando la cabeza cuando el muchacho se alejaba presuroso.

—Dinero, dinero... —comentó entre dientes—. Tienen fiebre de dinero aquí...

—Influencia de su país —sonrió ella, contemplándole. Wade la observó, al acomodarse ella en el asiento de mimbre—. Hay muchos dólares corriendo por Saigón estos días. Y todo sube, sube... Los precios, en el comercio, resultan realmente fabulosos.

—¿Inflación?

—Sí, creo que ése es el problema. Los vietnamitas se han acostumbrado a recibir dólares a manos llenas. Y a tirarlos de igual forma, en una vida falsa, imposible de sostener.

—Sabía algo de eso. Es una secuela inevitable. Los comerciantes se aprovechan la gente no regatea porque obtiene dinero fácil..., y eso forma una cadena desastrosa. Si no hubiera guerras, sería diferente. Vietnam del Norte, Vietnam del Sur. Cada uno en su casa, cada lado respetando al contrario... Parece fácil, ¿verdad?

—Sí. También parecía fácil en Corea. Y en su país, cuando la lucha de Secesión. Y en Gran Bretaña, cuando Irlanda luchaba por su independencia. La guerra es tan vieja como el mundo, señor Godfrey.

—Y la paz también —observó cáustico Wade.

—Cierto. Pero a la gente le gusta más la guerra.

—¿Por qué?

—No sé... —contempló al camarero vietnamita, que les servía los dos martinis secos, pedidos poco antes por Wade. Agregó, pensativa—: Tal vez se aburren en la paz, tal vez desean morir de emociones, sentir el terror, la angustia de vivir o de morir...

—Sí. Y hay gentes que se aprovechan de todo eso. Siempre las hubo, señorita Kenney. Gentes que “fabrican” guerras, que mueven los hilos del gran teatro de títeres...

—¿Los Gobiernos?

—No, siempre. Hay otros elementos que gobiernan desde la sombra. Intereses, industrias, Bolsa, vidas humanas, armas... ideologías, fanatismos, doctrinas...

—Sí, es muy complejo —movió su roja cabeza con pesimismo—. Créame, señor Godfrey. No alimente muchas esperanzas de devolver al mundo la paz. Pero brindemos porque ello ocurra alguna vez.

Alzó su copa de martini. También Wade. Chocaron ambas. El cristal tintineó suavemente, bailoteó el líquido dorado y sonrieron ambos, llevando las copas a sus respectivos labios.

—Porque ello ocurra —repito Wade, recitando la frase como una oración.

A pesar de que no era Lan Godfrey ni servía a las Naciones Unidas en misión de paz, deseó fervientemente, desde el fondo de su corazón, que así fuera. Acaso, al hacerlo, pensaba en el ladronzuelo que quería llevar arroz y pescado a sus hermanos.

Mientras el martini penetraba en su garganta, fresco y seco, a través del vidrio cóncavo observaban sus ojos entornados a la pelirroja muchacha con la que casualmente había establecido contacto en una calle de Saigón. Una seductora criatura, de conversación fluida, fácil e inteligente. Muy atractiva.

Observó sus rojos labios, humedeciéndose golosamente con el aperitivo. Y la tersura de su piel, levemente pecosa en torno a la graciosa naricilla.

Apartó de sí con frialdad la idea turbadora de besar aquellos labios, de rozar aquella epidermis, de estrechar entre sus brazos aquel cuerpo esbelto, gracioso, cimbreante.

No debía dejarse llevar por ningún entusiasmo. Por ninguno, especialmente relacionado con la belleza de las mujeres que encontrase en su camino.

Aquella mujer, Hazel Kenney, parecía realmente una turista

inglesa en Saigón. Podía serlo. O no.

No debía olvidar, en ningún momento, que una mujer significaba un peligro. Especialmente si su apellido empezaba con la letra K.

Y ella, la hermosa pelirroja, se llamaba Hazel Kenney.

* * *

Cerró la puerta de la habitación. Miró alrededor, pensativo. Escudriñó cada rincón, en busca de un posible micrófono, un sistema de comunicación oculto o cosa parecida.

También comprobó que las ventanas asomadas al bulevar, no ofrecían particular visibilidad desde parte alguna de los edificios del otro lado, más allá de la calzada central y de las dos alamedas para los peatones.

Abrió la maleta, comprobando que sus elementos de emergencia se hallaban bien escondidos en sus respectivos lugares adaptados al caso: el pequeño radio emisor-receptor, de frecuencia especial, dentro del estuche de un vulgar transistor de conocida marca.

La pistola de cañón corto, en el interior de una supuesta cámara fotográfica, y sus auténticas credenciales de la Oficina Federal de Investigación, junto con unos cuantos tubos metálicos, conteniendo elementos químicos muy útiles en situaciones apuradas, en el paquete de cigarrillos emboquillados, sin empezar aún, que se confundía con otros tres o cuatro paquetes más, con una diferencia tan leve que sólo Wade podía saber cuál era el falso paquete y cuáles los demás.

Sonrió, despojándose de sus ropas, para tomar una ducha fría, asearse un poco y reposar, tendido en el lecho. El viaje desde los Estados Unidos había sido largo y desconocido, peligroso, erizado de problemas, dificultades y riesgos, bajo un nombre supuesto, interpretando un papel difícil y que, tal vez, implicaba un riesgo de muerte de origen aún desconocido, no resultaba lo más apropiado para relajar los nervios tras el salto de Nueva York-Saigón.

Wade reflexionaba sobre la misión que le había llevado al país vietnamita en guerra. No le afectaba aquella guerra ni sus directos problemas. No era él quien podría hacer nada por evitarla o concluirla, ciertamente.

Pero sí los hombres como aquel que él estaba representando. Los

que podían ofrecer soluciones, recursos de paz. Por ellos, por evitar que siguieran cayendo, asesinados por un arma misteriosa y a través de agentes femeninos enviados por alguien, estaba laborando con su propia vida en juego.

No iba a rehuir el contacto con las mujeres, ciertamente. Tenía que aceptarlo como una vía para llegar a alguna que, realmente, no fuese lo que parecía y llevara como misión la de matar.

Dulcemente, eso sí. Matar con todo amor, con caricias, acaso entregándose con aparente pasión, mientras una mente fría y reflexiva, de criminal perfectamente organizado, planeaba la ejecución inexorable.

Podía ser una teoría equivocada la suya. Podía ser acertada también, pero no ser Lan Godfrey el blanco de ningún atentado y estar perdiendo allí lastimosamente el tiempo. Pero todo eso ya lo sabía él cuando inició la tarea. Y la ONU. Y la CIA. Y el propio FBI...

A fin de cuentas era un juego. Un dramático juego frente a la muerte y había que aceptar todas las posibilidades. Incluso la de que la muerte no llegase a jugar sus cartas y pasara en el envite....

Llamaron a la puerta. Wade se irguió, repentinamente tenso. Consultó su reloj. Había pasado casi dos horas desde que se tendió en el lecho bajo la fresca caricia del ventilador sobre su tórax desnudo y el corto pantalón de un pijama tropical de seda.

Debía haberse adormilado durante sus reflexiones. Incluso sentía la impresión de haber sentido unos brazos de mujer rodeando su cuello. Y toda una serie de confusas, indescifrables sensaciones bailando por su mente oscurecida.

Volvieron a llamar en la puerta con la misma suavidad. Sacudió la cabeza. Había soñado con una complaciente dama de cabellos rojos y pantalones de espuma, ceñidos a sus piernas.

Se incorporó. Tiró del pestillo, preguntando al mismo tiempo:

—Sí, ¿quién es?

—La camarera, señor. Traigo sus servicios para el baño y un mensaje para usted.

—¿Para mí?

—Es el señor Godfrey, ¿verdad? El americano...

Era un inglés meloso, casi musical. Con leve acento, exótico. Sin duda una nativa, buena discípula de la lengua shakesperiana, pensó

cauteloso. Se contempló el tórax desnudo, el vello rizado sobre su pecho sin protección.

La visión de Washbrook, de Collyer, de Hansen, le hirió con vivido fulgor la mente. Un orificio apenas visible, una punción en la tetilla izquierda. Directa al corazón...

—Un momento —habló—. Siendo una mujer, no estoy visible...

Fue a la percha. Allí colgada su chaqueta de pijama. Parecía seda acolchada. Pero el acolchado era muy especial. Como el de su camisa durante el día. Une especie de fibra metalizada, tupida y delgada malla, tan ligera como flexible, tan fina como dura. Una hipotética protección contra algo que hería fácilmente, hasta el mismo corazón.

—No abotonó del todo la chaqueta, de alegre estampado. Era mejor así. Que cualquier mujer que visitaba su alcoba del Bengala Hotel, viese que debajo del pijama, aparentemente liviano y sin defensas, sólo ofrecía su piel desnuda, inerme al ataque asesino.

Acaso ello confiara a una de ellas... y la crisis reveladora se produjese. Wade se dijo que sería demasiada fortuna, pero todo era posible. Él no había sido nunca desafortunado, en especial con las mujeres.

Aunque bien cierto era que no tuvo nunca tratos parecidos a los de esta ocasión, en que aguardaba que cualquier hermosa dama se convirtiese de pronto en un helado verdugo.

Abrió, haciéndose a un lado. Sus ojos estudiaron fijamente a la mujer sonriente que apareció en la puerta.

Era vietnamita. Pero una vietnamita podía ser muy atractiva, muy bella y muy bien formada. Nunca lo pensó hasta ahora, ante aquella especie de maniquí vestido de un oriental sofisticado, de falda un par de dedos sobre las rodillas, abierta a un lado, muy en la moderna línea asiática, de tacones lo suficientemente altos para realzar unas pantorrillas de por sí bien modeladas.

Un delantal rojo, con imperdibles recubiertos de plástico adheridos a su vestido, denunciaba su condición doméstica.

El rostro era un óvalo color aceituna, enmarcado por un pelo negro, laqueado, tirante, que realzaba la tersura de su frente, sus pómulos acentuados, el rasgado oblicuo de sus negros ojos profundos y el grueso de unos labios sensuales, risueños, que sonreían con la obsequiosidad de la empleada que se sabe lo

bastante servicial y atractiva para obtener buenas propinas de los clientes masculinos, especialmente si eran americanos.

—Disculpe —se excusó Wade, impresionado por aquella camarera realmente sensacional, que le había caído en suerte—. Pase, por favor. El calor es muy fuerte y...

—Comprendo —sonrió ella, avanzando con un tenue, gracioso taconeo, que acentuaba las formas de sus ampulosas caderas y sus atrevidas nalgas. Pasó junto a él, rozándole con las toallas de baño de vivos colores y también con las protuberancias de su busto—. Comprendo bien lo que sienten los americanos en Saigón, señor. La época es bochornosa. No es el primer cliente que tiene que taparse a toda prisa cuando llego a su alcoba...

—¿Habló de un mensaje para mí?

—Cierto, señor —dejó las toallas sobre una mesa de la habitación y se volvió. Hundió la mano en un bolsillo de su delantal rojo. Wade estaba en tensión, en guardia todos sus sentidos. Pero cuando los largos dedos, de uñas manicuradas en azul, surgieron con un sobrecito diminuto, se tranquilizó—. Me lo dio una dama para usted...

—¿Una dama? —Wade frunció el ceño.

—Pelirroja —explicó la doncella con malicioso tono—. La señorita inglesa de la habitación trescientos veinte...

—Oh, entiendo... —Wade observó en el sobre de tarjeta de visita la letra menuda, femenina y culta: "Sr. LanGodfrey." Murmuró—: Gracias, señorita.

Ella inclinó la cabeza, como algo habitual, y fue al baño. Manipuló con el soporte de las toallas y regresó con las anteriores al brazo, ya sustituidas. Wade, que había abierto el sobre, leía el breve texto:

"Sr. Godfrey:

Una mujer solitaria en Saigón, piensa cenar sola esta noche. Estrenaré su collar. Si también se encuentra solo, recuerde que la soledad compartida siempre es menos soledad.

Afectuosamente:

Hazel."

Sonrió. Podía ser una hermosa invitación a compartir unas horas

con una dama llena de atractivos. O una dorada trampa, rumbo a la muerte.

Enarcó las cejas. Alzó las pupilas. La bella vietnamita le contemplaba, entre distraída y curiosa, en pie en el centro de la estancia. Wade guardó la tarjeta en un bolsillo del pijama.

—Oh, disculpe —caminó hasta sus ropas y buscó algo. Regresó con un billete de diez dólares. Una generosa propina, que depositó en la mano de la vietnamita.

Ella, al cerrar los dedos en torno al billete, con una rapidez muy propia de los habitantes de Saigón al contacto con los dólares, oprimió la mano de Wade.

Acaso fue puro azar, pero el agente del FBI sintió un hormigueo, como si un puñado de voltios recorriesen su cuerpo.

Retiró la mano con precipitación.

—Gracias, señor —musitó ella, guardando la propina en el bolsillo de su delantal rojo—. Es usted muy generoso...

Le miraba fijamente, como abstraída por el aspecto viril de aquel americano joven y arrogante. Tenía gracia al andar. Gracia de modelo profesional, de maniquí. Y ella lo sabía.

—Si necesitase algo en cualquier momento, pulse su llamador, señor —avisó la vietnamita—. Estoy a su servicio...

—Gracias —Wade se preguntó si aquellas palabras de la hermosa muchacha encerraban algún significado más oculto que el aparente. En Vietnam, en guerra, todo era posible. En cualquier país del mundo donde la gente tiene hambre y urgencia de dinero, una mujer joven es siempre algo fácil, que se ofrece espontáneamente al extranjero.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó el federal.

—Aminh... —explicó ella, con una sonrisa, ya en corredor—. Aminh, señor...

Y se alejó, taconeando por el corredor.

Wade cerró la puerta. Respiró fuerte y pasó el pestillo. —¡Diablo! —murmuró.

Y volvió a la ducha.

Capítulo 8

Había bastantes restaurantes como aquel en Saigón. Simples barcasas, ancladas en el puerto, con un cobertizo iluminado discretamente, para que los turistas saboreasen los platos típicos del día, muchas veces en compañía de una vietnamita atractiva y bastante ávida por cenar un día en forma normal, o incluso copiosa.

Los atentados repetidos de algunos grupos terroristas del Vietkong, habían desprestigiado últimamente esos restaurantes, demasiado peligrosos para aventurarse en ellos los extranjeros de raza blanca, fuesen americanos o no.

Los explosivos, las cargas de plástico o granadas de mano de los guerrilleros de Hanoi, no distinguían a unos de otros, en el momento de estallar en un local repleto de público.

Ello había hecho que la asistencia a esos restaurantes flotantes, que oscilan sobre las sucias aguas del puerto de Saigón, fuese más bien escasa. En especial, a la hora de cenar.

De ello se beneficiaban las pocas personas audaces que, como Stuart Wade, en su papel de Lan Godfrey, y su compañera Hazel Kenney, se atrevían a desafiar los peligros del terrorismo, compartiendo una mesa discreta, entre farolillos orientales de papel, bajo un techo de cañas, viendo cabrillejar las luces en las negras aguas, a un lado y otro de la embarcación,

Entre ambos, una mesa con un mantel a cuadritos multicolores, un tazón de madera con arroz en blanco, otro de barro con diversos cereales tostados y salados, una jarra de fresca bebida de arroz fermentado, bastante agradable al paladar, y las luces íntimas de una lámpara oriental, entre los dos platos de sopa de aletas de tiburón, humeante y picante, que acababan de servirles.

—Es delicioso —comentó de pronto Hazel, esplendorosa en su traje de noche amarillo y negro, profundamente escotado, sin perder por ello distinción.

—¿Qué? ¿La sopa de aletas? —preguntó Wade, mirándola.

—No —ella tocó las cuentas de jade, verdes sobre el blanco de su descote, como sus pupilas en la rosada faz. La máscara de marfil religiosa, se hundía en la profundidad del seno—. Todo esto: Saigón, Oriente, la noche, el lugar...

—No esté muy segura de eso —Wade miró a su alrededor, aprensivo—. No hace mucho, dos o tres locales así volaron por los aires.

—Por Dios, Godfrey, no me estropee la fiesta—protestó ella—, ¿No piensa en otra cosa que en la violencia que nos acecha?

—¿Se puede pensar en otra cosa?

—No, supongo que no. Especialmente, cuando la misión de uno es terminar con todo esto. O intentarlo al menos.

—Eso es: intentarlo, al menos —suspiró con cierta amargura Wade.

—¿Cómo van las cosas para usted?

—Aún es pronto para resolver —se encogió de hombros, paladeando la picante sopa de tiburón—. Debo visitar el frente, hablar con jefes militares de Saigón y tratar luego de obtener un visado especial para Vietnam del Norte, a través de la Cruz Roja y las autoridades de Hanoi.

—¿Espera lograrlo realmente? —dudó Hazel.

—No sé. La gente colabora siempre con nosotros en esas cosas, sean del bando que sean. Es luego, al intentar resolver algo, al llegar a conclusiones, cuando empiezan a poner objeciones, a evadirse... Sí, espero ver todo eso y juzgar por mí mismo, estudiar una solución, la que sea.

—¿La habrá para Vietnam, Godfrey?

—La hay para todos los sitios de la tierra. Lo importante es buena voluntad, fe en un mañana mejor. Pakistán, África, el Caribe, Formosa, Chipre, Indonesia. Y en todas puede hacer una solución de paz. Se intenta. Hay una esperanza siempre. Pero...

Se encogió de hombros, dejando la frase en el aire. Cenaron en silencio. Luego hablaron trivialidades: de América del Norte, de Escocia, de sus respectivas existencias,

Y Hazel...

—Tengo la carrera de periodista, pero no la ejerzo, Godfrey —explicaba Hazel, cuando a la sopa de aletas la había sustituido ya,

sobre la recoleta mesa del restaurante flotante, una bandeja de manjares chinos, condimentados con salsas picantes y verduras de Oriente. Wade servía los platos, en tanto ella explicaba, con aire pensativo—: Tampoco soy una millonaria, como pudiera pensar al verme hacer turismo por estas tierras.

—¿Entonces...? —enarcó Wade las cejas, esperando una versión verosímil de su viaje a Saigón.

Algo que le permitiera olvidar por un momento que ella podía ser una “K-woman”. Una “Killer-girl” de las de su teoría fantástica, en torno a un ejército de mujeres asesinadas, dirigidas por una organización.

—Escribí un libro sobre la historia del teatro y su relación con la historia y las costumbres humanas. No era muy bueno, pero resultó comercial. Se ha vendido bastante en Inglaterra. Obtuve unos ahorros con sus derechos literarios y pensé en viajar, algo que siempre ha sido mi sueño y que, un día, puede servirme para escribir algún otro libro. Mientras tanto, trabajo en una oficina de Glasgow, una sucursal de una empresa londinense de importaciones y exportaciones.

—Oh, yo conocí en Londres a dos directores de oficinas importadoras —mintió descaradamente Wade—, McCall, de la “British Export”, y Davidson de la “London-World Trades”. ¿Es alguna de esas su empresa, Hazel?

—No, ni siquiera conozco esas firmas —rechazó ella—. Trabajo para “Lea & Wilson Import Office”. Soy buena mecanógrafa y aceptable taquígrafa. Me gusta más eso que vegetar en la redacción de un diario provinciano, créame.

—La creo —Wade, mentalmente, anotó el nombre de esa empresa británica. Luego fue a la caza de otro dato sobre su compañera de mesa en aquella cena íntima, flotando sobre las aguas de Mar de la China, cerca de las Bocas del Mekong—: ¿Y ha firmado ese libro con su nombre y apellidos, Hazel?

—No, no —rechazó ella—. No haré tal cosa hasta que no esté realmente complacida por mi obra. Firmé con un seudónimo: Claire Stuart.

—Stuart... —era curioso, pensó Wade. Su nombre. A fin de cuentas, muy escocés; tal vez por ello lo eligió Hazel2, Si es que su historia era cierta—. Bien, le deseo suerte en su próximo libro. Tal

vez pueda dedicarlo a la paz, a Vietnam, a Saigón, al robo de un bolso, a un collar de jade... y a un funcionario de las Naciones Unidas le dedique un recuerdo en una de sus páginas.

—Tal vez —le miró pensativa. Suspiró profundamente—. Es seguro que si escribiese un libro así alguna vez, no faltaría un recuerdo para Lan Godfrey, mi buen amigo de Saigón y mi caballero andante cuando me robaron el monedero.

Se echaron a reír ambos. Bebieron un trago de licor de arroz. Sonaron voces en el embarcadero y unos pies pisaron las tablas húmedas, resbaladizas, que conducían al restaurante flotante.

Wade, cauto, miró por encima del hombro desnudo de la joven. Vio unos pantalones color verde oliva, unos zapatos toscos, de gruesa suela, moviéndose hacia el interior del cobertizo que se mecía en las aguas. Unas piernas de mujer, una falda abierta, a la moda china o vietnamita y risas de hombre y de mujer mezcladas.

Todo su interés se diluyó. Lo de siempre: un infante de Marina, un “marine” de permiso, con una chica de Saigón. Ya no iban a estar solos en la cena.

Entró la pareja en la embarcación. Ella era una chica muy joven, con un traje de seda chillón y ceñido. El, alto, rubio, fornido, se detuvo de repente frente a la mesa de ellos, contemplando con fijeza a Hazel y a su compañero.

—¡Eh! —voceó—. ¿Qué diablos haces tú en Saigón, Stuart Wade?

* * *

Stuart Wade...

Se estremeció el hombre del FBI por un momento, un calambre sacudió su cuerpo, hasta la base del cráneo, reptando dolorosamente por la espina dorsal.

Stuart Wade...

Así de estúpida, de inesperada y tontamente, se venía abajo un plan, un sistema, y se descubrían unas cartas, quizá en una jugada decisiva de la partida de póquer entablada contra la muerte vestida con faldas.

—Se equivoca, señor —replicó fríamente—. Debe confundirse con alguien...

—Diablo, Stuart, eso no es posible —rechazó el hombretón de

uniforme de “marine” con graduación de sargento—. ¡Eres el mismo Stuart Wade con quien me encontré en la Reserva Naval de Quántico, cuando era un simple “marine” sin graduación! Tú..., tú también servías como “marine”, ¿recuerdas? Eso era antes de que te graduases en la Academia de...

—Le repito, señor. Ni me llamo Stuart Wade, ni mucho menos. Mi nombre es Lan Godfrey, y pertenezco a las Naciones Unidas. Es la primera vez que le veo.

—Pero..., pero si tienes que ser Wade... Yo..., yo soy Hamilton, ¿no recuerdas? Ricky Hamilton, el que...

—¿Cree usted que le hablaría así, si realmente me recordase usted a alguien conocido? —fue la cortante réplica de Wade—. Tal vez yo me pueda parecer a ese amigo suyo, pero eso es todo, esté seguro, sargento.

—Parece imposible...—le contempló con la impertinencia del que está demasiado seguro de algo para disuadirse de ello. También debía andar algo bebido—. Diablos, yo juraría que eres tú..., que era usted el muchacho que iba conmigo a la cantina, a jugar a los dados, que quería ser...

Se detuvo. Hubo algo en sus ojos, acaso un chispazo de inteligencia. Wade se estremeció, sin aparentarlo. Sabía lo que Hamilton estuvo a punto de decir ahora: "... que quería ser federal, policía federal..."

Por fortuna, entonces debió darse cuenta de que algo marchaba mal con su insistencia. Se rehízo. Irguióse, mirando a Wade, a su compañera. Hizo un gesto expresivo.

—Bien, perdone, señor —se excusó—. Tal vez estuve algo impertinente. Creo que he bebido unas copas de más... Siempre que eso ocurre, todos me parecen conocidos.

—Comprendo su error —sonrió Wade—. No tiene importancia, créame, sargento.

Asintió, pensativo, Hamilton, y se encaminó hacia una mesa con su llamativa compañera, diciendo con un gruñido:

—Ven, preciosa, vamos a comer algo. A ver si así logro ver las cosas tal como son, por todos los diablos.

Wade se echó a reír suavemente, fingiendo muy bien su indiferencia por el suceso. Hizo un gesto a Hazel, que le miraba sin demasiada insistencia, como si comprendiera que cosas así son más

fáciles de ocurrir de lo que parece.

—Si sólo fuera eso... —comentó Wade—. Me han confundido en la vida con un sinfín de gente, Hazel. Debo parecerme a media Humanidad.

—No lo crea—rechazó ella—. Es demasiado personal para eso. Lo más seguro es que no se parezca en nada a ese Stuart Wade de que hablaba. El alcohol hace ver prodigios.

—Entonces, tenga cuidado con eso —señaló el vino de arroz—. Es endiabladamente fuerte...

Y ambos se echaron a reír de buena gana.

Allá, en su mesa, el sargento de Infantería de Marina Ricky Hamilton, dirigía frecuentes miradas de soslayo a Wade. Era obvio que sabía que no estaba equivocado en absoluto.

* * *

La musiquilla llegaba de un lugar lejano del muelle. Debía ser algún tocadiscos público, una gramola de las que funcionan con monedas en cualquier bar. Marinos americanos y chicas vietnamitas, estarían quizá bailando ahora, con el ritmo de moda.

Wade pagó la consumición al camarero nativo. Era tan cara como haber cenado en el Waldorf de Nueva York, con la orquesta de Nelson Riddle amenizando la cena.

Se pusieron en pie. El sargento Hamilton, en su mesa, se dedicaba ahora a besar tiernamente a su palomita de Vietnam. Allá fuera, en el embarcadero, sonaron pasos de nuevo. Alguien se acercaba para cenar también en el local flotante.

—Vamos —suspiró Wade—, Antes que alguien me confunda con el presidente Johnson...

Hazel rió, asintiendo. Se colgó de su brazo jovialmente. Tenía un leve rubor en las mejillas. Había bebido discretamente, pero el fermento de arroz era de muchos grados. Se notaba su influencia.

—Sí, mi querido amigo Lan—habló ella risueña, guiñándole un ojo—. Vamos ya. No quiero que se haga demasiado tarde. Mañana debo madrugar para recorrer la ciudad, ¿comprende? Y supongo que usted..., usted deberá trabajar de firme para ver si le dejan terminar con las estúpidas guerras.

Rió, bulliciosa, moviéndose con Wade hacia el exterior del cobertizo destinado a restaurante en la embarcación. De pronto los

pasos en el embarcadero se alejaron. Pero a la carretera.

Algo silbó en el aire y cayó rodando sobre las tablas de la embarcación. Wade, con ojos desorbitados, descubrió lo que era aquello. Un huevo negro, metálico, mate, rodando en la cubierta, demasiado lejos de él para soñar siquiera en alcanzarlo a tiempo...

¡Una granada de mano... sin lengüeta de seguro!

—¡Al agua, Hazel! —aulló. Y su grito retumbó en la noche—. ¡Un explosivo! ¡Huyan todos! ...

Luego se arrojó a las sucias aguas del puerto, tirando consigo de Hazel, que le siguió a la fuerza, como un pelele hermoso, pero incapaz de reaccionar por sí solo.

Los dos cuerpos se sumergieron en una violenta zambullida. Osciló la barcaza, mientras Hamilton y su compañera, el camarero, un cocinero vietnamita y una mujer también oriental, gruesa y sudorosa, salían disparados de la cocina, al otro extremo de la embarcación.

El mar, el cielo y la barca parecieron de repente envueltos en la oleada devastadora de una erupción volcánica. Un fragor tremendo sacudió la bahía de Saigón y una llamarada violenta lo borró todo, en un raudal de luz roja.

Astillas, fragmentos de cuerpos humanos, todo saltó en mil pedazos, al disolverse embarcación y ocupantes en un caos mortífero, devastador.

Allá abajo, bajo las aguas grasyas y negruzcas, los cuerpos de Wade y de Hazel buscaban en la fría, viscosa profundidad, la salvación al horror llameante de arriba.

Y mientras buceaba en el oscuro, sucio elemento Wade estaba seguro de que, una décima de segundo antes de ver rodar el huevo metálico y pavoroso sobre la cubierta del restaurante flotante, algo le había hecho impacto en su cota de malla de la camisa, justo sobre el corazón.

Un impacto seco, sutil, apenas perceptible...

Pero la lucha por la vida, en estos momentos dramáticos, engullidos por el líquido elemento donde habían encontrado la única oportunidad de salvar la vida al ataque terrorista, le hizo olvidar todo en absoluto, salvo la necesidad de contener la respiración, de volver a la superficie y de cuidar de la vida de la mujer que le acompañaba en la aventura nocturna que pudo haber

terminado con su muerte...

Capítulo 9

Stuart Wade contempló, con los labios apretados, la distancia. En el puerto, el resplandor era aún anaranjado, aunque decrecía en intensidad su reflejo en la capa atmosférica, bochornosa y emborronada por la neblina.

Regresó lentamente al interior de la habitación. Entornó la puerta-balcón cerró a medias la persiana. Encendió un cigarrillo y agitó la cabeza, sombría la expresión.

—¿Sigue el incendio? —preguntó, en un murmullo, la mujer aterida, encogida en una butaca, oprimiendo contra sí, contra sus ropas mojadas, el sobretodo que Wade le ofreciera al llegar al hotel.

—Se está apagando —musitó Wade lentamente—. Han debido arder muchas embarcaciones al recibir la lluvia de pavesas y de fuego... Cielos, qué noche.

—Y usted había venido a Saigón en busca de una paz, Lan... —comentó ella, desolada.

—Sí. Por eso hay que seguir buscándola. Para que cosas así no sigan ocurriendo en todas partes, todos los días... Hazel, debe ir a cambiarse de ropas. Está empapada... Al menos, entre en el baño y quítese el vestido. Puede ir a su cuarto con mi sobretodo.

Hazel, dócilmente, se incorporó. Dio unos pasos, como sonámbula, hacia la puerta del cuarto de aseo.

Wade la escoltó, rodeándola afectuoso con un brazo. Sintió temblar bajo su contacto a Hazel Kenney, aterida por el frío del contacto con el agua y las ropas, actualmente mojadas.

—Es mejor esto, tan..., que estar muerta —comentó sombríamente ella, ya en la puerta del baño—. Como aquel pobre marino que creía conocerle...

Entró, cerrando tras de sí la puerta vidriera del aseo. Wade se quedó solo en la estancia, fumando despacio, sombría la expresión.

Pensando en lo que Hazel acababa de decir. Pensando en Ricky

Hamilton, el alegre infante de Marina de Quántico, en la Reserva Naval, antes de ingresar él en la Academia Federal para graduarse como agente.

En las partidas de dados de la cantina, en lo que a Hamilton le gustaban las chicas...

Meneó la cabeza. Ahora, yacía en el agua, destrozado por una granada imprevista, por una acción terrorista del enemigo de aquella guerra hecha de emboscadas y de golpes de sorpresa mortales.

Pobre Hamilton. Y ni siquiera había podido estrecharle la mano, recordar viejos tiempos... Esperaba que hubiese comprendido. Sí, debió comprender, por eso no llegó a mencionar que él era del FBI...

Se tocó sus propias ropas empapadas. Se habían secado bastante, durante el espacio de tiempo comprendido entre su retorno a la superficie del muelle entre aceite caliente, maderos, pavesas, sangre y miembros humanos, pasando por la ayuda de las patrullas de auxilio sud vietnamitas, el regreso al hotel en un coche militar...

Recordó entonces algo. La extremidad de algo punzante, sutilísimo, acerado depositado entre las mallas del tejido blindado.

Se despojó enseguida de pantalón y camisa. Envolvió ésta en una bolsa de plástico, hermética, que cerró con cremallera, guardándola en su maleta. Luego se vistió con ropas nuevas, limpias y secas.

Se peinó ante el espejo del tocador y se sentó en el filo del lecho, encendiendo otro cigarrillo. Miró al cuarto de aseo. Tras el vidrio esmerilado cruzó fugaz una mancha rosada. El cuerpo de Hazel.

Apartó la mirada de allí. Caminó de nuevo a su maleta. La abrió. Extrajo el transistor. Lo hizo funcionar. Emitía música tenue,ailable. Sus dedos, entre tanto, pulsaban un resorte interno del mecanismo.

Mientras la música llegaba a sus oídos y borraba cualquier otro sonido, superponiéndose a él, Wade oprimía un pulsador electrónico, en una banda lateral, bajo la funda de cuero, con pulsaciones espaciadas, cortas o largas.

Era un sistema de transmisión radiada, a base de pulsaciones Morse, en clave especial. La frecuencia de aquel emisor enviaba el mensaje, repetido una sola vez, a su punto de destino, en una

receptora sintonizada permanentemente con aquel emisor, por los servicios especiales de la electrónica de la Oficina Federal de Investigación.

Un escucha percibía las pulsaciones. Y para evitar posibles errores, una cinta de teletipo, anexionada al receptor, grababa las pulsaciones, para retener el mensaje en toda su fidelidad.

Dentro de pocos minutos, una línea especial telefónica de la máxima urgencia, informaría a Washington de que su agente Stuart Wade había estado a punto de morir en un atentado terrorista en Saigón, junto con la ciudadana escocesa Hazel Kenney, de la que pedía informes, añadiendo los datos sobre su presunto trabajo en Glasgow, su libro acerca del teatro universal y su seudónimo de "Claire Stuart".

Todo eso, de acuerdo con el Intelligence Service británico, Scotland Yard y el MI-5, estaría confirmado o denegado por el FBI en cuestión de pocas horas. Y en Saigón, Stuart Wade recibiría la respuesta a sus informes. Si es que aún vivía para entonces...

Igualmente, Washington sabría que una aguja estaba clavada en la camisa de su agente, una aguja que le hubiera perforado el corazón, sin lugar a dudas, de no existir las prevenciones de rigor por parte de los federales.

Y que esa aguja iba a ser entregada secretamente por Wade al embajador de los Estados Unidos en Saigón, para que un laboratorio militar norteamericano en la base de Da Nang analizara el objeto clavado en la malla protectora y tratase de llegar a alguna conclusión.

La puerta del cuarto de aseo se abrió. Wade volvió la cabeza.

—Me siento mejor, Lan—susurró Hazel, cubierta con el sobretodo de Wade—. Mucho mejor... Pero estoy cansada. Tengo necesidad de ir a mi cuarto, a descansar...

—Claro, Hazel, Vaya usted... La acompañaré.

Wade llegó hasta ella. La observó. Temblaba. La rodeó, impulsivo, con sus brazos.

—Vamos, cálmese —pidió—. Está helada aún. Necesita calor, Hazel...

Ella le miró. Estaban muy cerca. Tenía los ojos dilatados, los labios húmedos, entreabiertos. Wade recordó el sueño. Quiso apartarlo de sí. Pero Hazel, repentinamente, se echó en sus brazos,

con un sollozo. Su cuerpo, sacudido por el llanto, se oprimió contra Wade.

El joven agente federal la oprimió con más fuerza también. Besó sus cabellos. Ella alzó el rostro, surcado por las lágrimas. Wade la besó entonces los labios. Con calor, con intensidad. Ella le devolvió el beso, intensamente también. Se aferró a él con mayor fuerza.

Wade la traía consigo. Pero no hacia la salida, no hacia la puerta.

Y Hazel se dejaba atraer.

* * *

Era el cigarrillo número veinte. O acaso el treinta.

No sabía. No podía contarlos. Ni tampoco podía contar ovejas. Pero, ciertamente, no podía dormir.

Su insomnio era complejo, difícil de explicar. No era sólo el recuerdo acre y penoso del atentado en el muelle, ni la muerte horrible de Hamilton, con su alegre chica de turno, ni tan siquiera el peligro personal, corrido por él y por Hazel.

Ni aun el enigma inquietante y dramático de aquella aguja hincada en su coraza flexible, que denunciaba la presencia, temida y deseada a la vez de la “K-woman” de turno, en el bullicioso, tenso y violento Saigón de 1965...

Stuart Wade no sólo sentíase despejado de sueño por toda esa serie fantástica de acontecimientos, factores e incógnitas. No era sólo eso.

Era el eterno problema, el dilema más inquietante, oscuro y difícil de todos cuantos pudieran rodearle en el insólito mundo de la capital sud vietnamita.

La mujer... Hazel.

Hazel... Entornó los ojos, en la penumbra fresca de su habitación, aún con aroma a la loción de la joven pelirroja, adherida al aroma mismo de su piel joven, tersa, estremecida aquella noche por el frío, la humedad y el terror.

¿Terror?

Sí. Wade estaba seguro de eso. Hazel podía ser la “Killer-Girl” de turno en efecto. Es más, había un promedio de setenta y cinco por ciento a su favor en el sentido de que ambas mujeres fuesen una sola.

Pero de cualquier manera, el terror auténtico había existido en ella. Y había hecho crisis en aquel momento de depresión, culminando en algo que Wade no hubiera esperado ni provocado jamás, al menos en su solemne papel de alto funcionario de las Naciones Unidas.

La acción terrorista de un guerrillero del Vietkong había alterado los planes de alguien: la persona que lanzó la aguja mortífera contra su corazón. Eso debió confundir a su fallido asesino..., asesino-mujer, sin duda.

Ahora, de saber que continuaba vivo —y si Hazel era la “K-woman” lo sabía a fondo—, lo atribuiría a un fallo en su puntería a causa del atentado bélico.

Pero eso parecía implicar algo significativo, algo que desvirtuaba en gran parte las sospechas de los inspectores del FBI y de un gran sector de la opinión social norteamericana en la muerte de los miembros de la ONU en Londres, Nueva York y Nueva Delhi: el Vietkong no tenía nada que ver con el verdugo de Saigón, en el encargado de ejecutar a Lan Godfrey, de la ONU.

Entonces..., ¿quién?

¿Quién... y por qué? Wade se exasperaba en el silencio apacible de su habitación, bajo el rumoroso roce helicoidal del ventilador del techo. No tenía respuesta. Ni asomo de ellas.

Wade cerró los ojos, exasperado. Sentía sus nervios a flor de piel, como teclas mal ajustadas, vacilantes, desafinadas, de un piano roto. Pero no sentía en su mente el pulso de una idea, de una sugerencia, de un rayo de luz, fuese éste el que fuese.

Sencillamente, después de encontrarse en Saigón bajo una personalidad ficticia creada con minucioso tacto por los Servicios de Inteligencia norteamericanos, después de haber vivido una serie de incidentes dramáticos y haber conocido a una mujer, Hazel Kenney, una mujer con apellido iniciado en K, como Ulah Kransen, como Dionne Keitel, como Nadia Knight, se veía dando palos de ciego en la oscuridad.

Y eso, además de irritante, era desolador.

Empezó a sentir una dulce, suave somnolencia. De sus dedos resbaló ahora el cigarrillo. Supo que la brasa rodaba sobre el suelo de baldosas, lejos del lecho, y no se molestó siquiera en moverse, en abrir los ojos, en apagarlo.

No hizo nada. Prefería aprovechar el momento de dormir. Dormir... Prefería eso, porque en cierto modo sería olvidar. Olvidarlo todo: el día, la noche entera. Incluso Hazel...

Hazel... Suspiró. Su mano rozó la almohada, la sábana cálida... El sopor aumentó, su cuerpo cansado se relajó lentamente. Era la frontera del sueño. Y en el luminoso cerco de su reloj de mesilla eran ya las cuatro de la madrugada.

Muy tarde.

Demasiado tarde...

Stuart Wade se siguió hundiendo en la somnolencia blanda, amorfa, apacible... Ni siquiera parecía capacitado ya para percibir el rumor apagado en la cerradura de su puerta, el extraño modo de girar el pestillo, accionado desde fuera, a través de un reducidísimo orificio donde una sutil aguja de acero se movía a tornillo, manejada por unas manos enguantadas, sensitivas, rápidas, expertas.

La puerta se entreabrió. Cedió. Pulgada a pulgada hasta formar una franja angosta, pero lo bastante ancha para dar paso a una persona.

Una persona, ligera, vestida de oscuro, enguantada, sigilosa, cauta en sus movimientos. Unos ojos malignos se fijaron en Stuart Wade, dormido sobre el lecho. Unos ojos vigilantes, húmedos y fríos, implacables como los de un verdugo.

Una respiración sibilante se amortiguó al avanzar aquel cuerpo lentamente, hacia el interior de la habitación.

Unas manos se crisparon sobre el torso de mujer. Unos pies femeninos, calzados con zapatos de tacones amortiguados por fundas de goma blanda, pisaron la alfombra y luego las baldosas, hacia el lecho del yacente viajero norteamericano.

Aquellas manos esgrimían algo. Algo pequeño, ligero, metálico, sutil. Sencillamente, un lápiz. Un lápiz automático, de cuerpo niquelado, color gris mate sin reflejos en la sombra.

El lápiz apuntó al durmiente. Su punta, la que debía escribir, dibujar, trazar algo en un papel, señalaba al aire. A la figura yacente. Al pecho descubierto, sólo con la chaqueta del pijama estampado, apenas abotonada sobre el torso suavemente velludo.

Un dedo enguantado oprimió el botón que había de extraer la punta de mina de carbón en el utensilio. Hubo un chasquido

apagado, imperceptible...

Los ojos de la mujer relampaguearon, casi capacitados para seguir el vuelo vertiginoso, sibilante, perforador, de la aguja de metal que hendía el aire, hacia el corazón del durmiente.

Hubo un impacto amortiguado, un chasquido. Y en el lecho, un gemido de dolor ronco, breve. Un espasmo en Stuart Wade, una sacudida que hizo rodar su cuerpo hasta el borde del lecho. Los brazos cayeron, chocaron en el suelo, quedándose allí las manos inmóviles.

La mujer avanzó unos pasos más. Se inclinó sobre su víctima... Un cigarrillo aún encendido tocaba con su brasa la mano caída del americano, quedando la piel, con olor a vello chamuscado, entre los dedos.

Pero el caído no se movía. Era la mejor prueba de su incapacidad, de su fracaso ante el arma mortífera de la femenina visitante de madrugada.

Unos labios de mujer, carnosos, y crueles, sonrieron con fría complacencia. Una mano se hundió en algún bolsillo oculto en las oscuras ropas de la asesina. Y una voz susurró, junto a la rejilla de un pequeño encendedor o estuche para caja de cerillas, metálico y rectangular:

—Misión cumplida, Gran Director. Saigón informa. Agente “K-17” cumplió tarea encomendada, Lan Godfrey ha muerto...

Hubo un zumbido en el diminuto emisor-receptor. Una voz aguda, chillona, metálica, apenas algo más elevada que el timbre sonoro de unas palabras al teléfono:

—Bien. Regrese a "Murder Farm 22". Es todo.

—Sí, señor... —respondió, sumisa, la voz de la mujer asesina.

Guardó su pequeño emisor-receptor. Se irguió. Caminó hacia la salida de la habitación donde acababa de asesinar a Lan Godfrey, de las Naciones Unidas, en misión de paz en Vietnam del Sur...

Capítulo 10

—Lo siento, preciosa asesina.

Fue cuando dijo Stuart Wade al saltar del techo. Aún tuvo tiempo su agresora de revolverse, de chillar apagadamente, de mirarle con ojos de terror y buscar en frenético esfuerzo su lápiz metálico...

—¡No, no puede ser! —jadeó ella, asustada, al ver a su víctima con vida, al hombre “asesinado”, lleno de vitalidad y energía, cayendo sobre ella con todo el ímpetu de su fortaleza—. ¡La segunda vez...!

Wade se abatió sobre la visitante de madrugada. La derribó en tierra. Ella luchó, adelantando sus zarpas. Quiso arañar al americano, pero sus propios guantes lo impidieron. Stuart no anduvo con excesivas contemplaciones. No había tiempo ni ocasión para ello.

Sencillamente, descargó su mano por dos veces, en un seco mazazo sobre la garganta y mentón de la mujer. La dejó inmóvil, en seco. Reducida a la inconsciencia en el acto. El cuerpo femenino, turgente y magnífico, se relajó bajo su peso.

Wade jadeó, tomando asiento. Le había costado su esfuerzo fingirse muerto al recibir el impacto sutil de aquel punzón llovido de la oscuridad. Y la mano quemada por el cigarrillo le dolía terriblemente.

Tenía un cerco de piel rugosa, abrasada, pero había valido la pena sufrir aquellos segundos interminables de tortura para dar caza a la mujer. A la llamada por sí misma agente “K-1 7”, de “Murder Farm, 22”.

—“Murder Farm”... susurró, pensativo, contemplando la forma abatida a sus pies—. “Granja del Crimen...”. Esto empieza a tener sentido. Aunque sea un horrible, fantástico sentido...

Caminó hasta el interruptor de la luz. Lo giró bruscamente. La

habitación se inundó de claridad. Rápido, Wade cerró la persiana totalmente, sin dejar una sola fisura de luz.

Fue a la puerta. Comprobó el ingenioso sistema de la punción en la madera, hasta la bisagra del pestillo, accionada por una aguja larga de acero. Cerró de golpe y pasó el pestillo. Giró la llave.

Apoyó un mueble para estar seguro de que nadie le abría sin enterarse él y después tomó la automática de sus ropas, guardándola en el bolsillo de su chaqueta estampada del pijama, con su providencial forro de malla que le había salvado la vida de nuevo, lo mismo que ocurriera en el restaurante flotante aquella misma noche.

Después de todo eso, se detuvo ante la mujer vencida en el suelo, boca arriba, inconsciente.

No se sorprendió demasiado. Había imaginado ya algo así. El cuerpo a sus pies se agitó. Inclínose hacia él. La mujer volvía en sí.

Le asestó un nuevo golpe, sin la menor sombra de piedad, recto en el mentón. De nuevo quedó inmóvil, con un resoplido. La miró fríamente. Fue a su maleta. Abrió el paquete de cigarrillos trucados. Extrajo uno de los estuches químicos y una aguja hipodérmica.

Aplicó una jeringuilla. Inyectó en el recipiente de vidrio el contenido del tubo. Puso la aguja, hizo gotear el contenido. Avanzó hacia la agresora de madrugada. Alzó su manga. Le hincó la aguja. Vació el contenido de la jeringuilla. Luego retiró la aguja, presionó con un trozo de algodón y suspiró.

—Listo, hermosa y exótica Aminh —habló a la camarera inmóvil, de raza vietnamita—. Ahora, veamos lo que el pentothal sódico te obliga a revelar...

* * *

La contempló, tendida en el lecho. Inmóvil aún, como dormida. Pero con una respiración espaciada, profunda, igual que si estuviera en trance.

Sus formas de mujer magnífica, sugestiva, llena de sensualidad, le dejaron indiferente ahora. Era la forma maligna de un cepo mortal. Siempre una mujer de excepción, la apropiada al caso. La muerte con el rostro hermoso, con el cuerpo insinuante, dócil al deseo, a la fácil lujuria.

Eso había terminado ya con varios hombres, pero no tuvo éxito

con él. Por muy poco. También él, después de todo, era hombre. Y al parecer, el enemigo fantasma contaba con ese importante factor en su juego mortal.

—Adelante, preciosa —invitó con voz dura Wade, sentado a los pies de la mujer escultural que yacía rígida, inconsciente junto a él —. Habla ya. Di toda la verdad, ¿entiendes?

—Sí... —suspiró ella, sin despegar sus párpados—. Toda la verdad...

—¿Tu nombre?

—Aminh...

—Completo.

Pareció luchar contra algo. Su subconsciente luchaba con la razón, que la exigía callar ese importante punto. Pero la “droga de la verdad” pudo más que esa voluntad dormida ya.

—Kong... —susurró—. Aminh Kong...

Wade entendió. El nombre de Aminh, a secas, había llegado a desviarle en sus sospechas. Por eso las centró en Hazel, no en la arrogante, sugestiva camarera de modales provocativos. Kong era el apellido. Otra vez la letra K. La fatídica K de las “killer-women”.

—Aminh Kong... —repitió Wade, impasible—. Bien. Sigue. ¿De dónde eres?

—Vietnam.

—¿Norte o Sur?

—Sur. Cambodia. Junto al río Mekong, en Kompong Cham. Allí nací.

—¿Matiz político tuyo?

—Ninguno —no se esforzó en responder.

—¿No sirves al Vietkong?

—No.

—¿A Vietnam del Sur, a los norteamericanos?

—No.

—¿A quién; entonces? —Wade se inclinó, curioso, sobre ella, fija la mirada en la máscara hermosa, hierática, de exotismo sensual, de aquella bellísima mujer, verdugo implacable de algo, o alguien fuera de toda sospecha mundial.

Otra pausa. Se agitó ella en el lecho. La batalla interna era más fuerte ahora. Algo, en ella, se oponía a revelar la verdad, a decir lo que esperaban de ella...

Apremió Wade, casi rabioso, pero manteniendo su sangre fría aún:

—A quién, Aminh Kong... ¿A quién sirves tú?

Esta vez la lucha fue más débil. Pudo el “suero de la verdad” a los últimos reflejos conscientes:

—Al Gran Director.

—Sí, lo sé... —Wade tomó la pequeña caja metálica, un receptor-emisor de radio muy especial, microscópico, a transistores de tamaño diminuto. No extendió la flexible varilla de un extremo, sin duda la antena para establecer contacto. Insistió, tajante—. ¿De qué es director tu amo? ¿Qué dirige el Gran Director que te ordenó matar a LanGodfrey?

Una sacudida, una convulsión, casi un espasmo en

Aminh. Luego, una frase:

—Dirige la I.M.O.A.

—¿La... qué?

—I.M.O.A.

—I.M.O.A... ¿Qué significa? Habla. Tú lo sabes, ¿verdad?

—Si... —sus labios temblaron. Era obvio que luchaba contra algo. Algo muy importante para ella, para su cerebro bien cultivado y controlado—. Es..., es... “International... Murder... Organized... Association...”.

—Cielos... —Wade se enjugó el sudor de la frente. Repitió lentamente: “International Murder Organized Association”.

—Sí, eso es...

—¿Significa que trabajas para una agencia mundial de crimen organizado?

—Sí...

—¿Mafia?

—No, eso no...

—¿Qué entonces?

—Ya lo dije: Asociación Organizada de Asesinato Internacional.

—¡Ya lo oí! —se enfureció Wade, pálido. Se inclinó encima de ella, hasta casi rozar sus labios—, ¡Sigue! ¿Qué más? ¿Quién dirige eso?

—El Gran Director.

—¡Sí, sí! Pero, ¿quién es? ¿Dónde está ese ser? ¿Qué país financia eso?

—No... no sé...

—¡Mientes! ¡Sabes algo! ¡Habla, maldita sea! ¿Qué juego lleva entre manos esa condenada organización criminal?

—No sé... Sólo que debo... obedecer. Y matar. Matar, cuando se me ordena.

—Matar... Dios mío. Es inhumano, diabólico, espantoso... Mujeres entrenadas, ¿no? Entrenadas... para matar.

—Sí...

—¿Dónde?

—En las Granjas.

—¿Granjas?

—Sí. “Murder Farm, 1”, “Murder Farm 2”, “Murder Farm 3”.

—Pero, ¿dónde? ¿Dónde?

—En todo el mundo. Muchos países... —jadeó ella, sometida, sin duda, a una tremenda presión interior—. En todo... el mundo...

Wade apretó los labios, furioso. La contempló, aturdido. Era demasiado horrible todo, para admitirlo como verosímil. Pero la prisionera no podía mentir. Nadie miente, sometido a la droga de la verdad. Lo más que hace, es callar lo que ignora. Pero no mentir...

—Bien... —trató de serenarse, de controlar sus ideas—. Trabajáis para esa sociedad. En Granjas. Son... son centros experimentales, ¿verdad? Escuelas... “Escuelas del Crimen”.

—Sí, eso es. Eso es...

Wade se estremeció. Seguía siendo horrible. Cada vez más.

—Eligen a las mujeres idóneas, ¿no es cierto? —masculló Wade—. Y las entrenan. Las enseñan a matar. Fría, despiadadamente, ¿no?

—Sí...

—¿Os operan? ¿Intervienen quirúrgicamente el cerebro, el corazón, algo vuestro?

—No, no —rechazó ella—. Nada... sólo técnica hipnótica, sugestión, dominio de la voluntad...

—Hipnosis, sugestión, dominio de la voluntad... —tembló Wade—. Entiendo, sí. Y una vez adiestradas, ¿qué?

—La enseñanza es larga... Luego... se nos gradúa. Se nos da un nombre. Un nombre clave. Siempre el apellido con la letra K... Somos “Killer-Agents”. Agentes asesinos...

—Lo temía. Lo temí siempre... —Wade se puso en pie.

Contempló, casi apenado, al criminal irresponsable que tenía ante sí. Meneó la cabeza, perplejo—. Cielos, es una idea espantosa. Mujeres débiles, de cerebros fácil de moldear con procedimientos de moderna hipnosis y control de la voluntad ajena... Todo eso, al servicio del crimen organizado, establecido como negocio... ¿Quién es capaz de sospechar, de temer algo malo de una mujer hermosa, inteligente, culta, bien educada...?

Aminh no se agitó, no reaccionó a sus comentarios y asociaciones de ideas en voz alta. Seguía siendo un simple cuerpo inerte, sometido ahora a su voluntad, a través de la acción del pentothal sódico inyectado en su cuerpo.

—Adelante, Aminh —invitó duramente Wade—, Sigue. Ya sé lo que sois. Ahora, dime si trabajáis para vosotros mismos... o para el que paga.

—Para el que paga... La sociedad sirve a sus clientes...

—¡Clientes! —el cabello de Wade se erizó. De nuevo la sombra de la idea dantesca, de la “Murder Inc.”, llevada al terreno mundial, a escala internacional—. ¿Qué clientes?

—No sé... No sé... —susurró ella apagadamente, movimiento la cabeza con angustia.

Wade respiró con fuerza, contrariado. La agente K no sabía muchas de las cosas preguntadas. Ella era sólo un instrumento, un ejecutor. El Gran Director recibía la orden de un “cliente”. Podía ser un país, un gobierno, una sociedad internacional, un “trust”, una entidad, un ser lo bastante rico...

Y en el acto, la forma dulce de matar, las agentes K en acción, para acabar con cualquier hombre peligroso o inútil para el “cliente”.

Horrible todo. Inhumano, bestial y terriblemente organizado. Frío, eficiente, burocrático. La especialización oficial en el crimen. La muerte a distancia, por contrato directo. La súper-Mafia. El ultra-Sindicato del Crimen.

Y todo ello, servido por mujeres. “Mujeres...”.

—Acabemos, Aminh. No sabes quiénes son los clientes, ¿verdad?

—No, no... Ninguna lo sabemos... Sólo él... el Gran Director...

—Bien. Pero sabes a qué Granja del crimen perteneces.

—Sí... “Murder Farm, 22”.

—¿Dónde?

—Tokio.

—¡Tokio!

—Muy cerca. Zona industrial. Hamura Tokosi, Sociedad de Juguetes... Allí está "Murder Farm, 22". Hay otras muchas en el mundo. No sé dónde. En otros países...

—Otros países... Dios mío —Wade sacudió la cabeza, alucinado—. Esperemos que la caída de la Hamura Tokosi sea el principio del fin para ese horror...

Se incorporó. Caminó vacilante hacia el teléfono. Lo descolgó. Hizo una llamada.

—¿Embajada de los Estados Unidos? Sí. El propio embajador. Es urgente. Muy urgente. Dígale... dígale que habla Stuart Wade, del FBI... Sí, gracias. Espero.

Encendió un cigarrillo. El que hacía cuarenta o cincuenta, no sabía. Miró hacia el lecho. Aminh Kong dormía aún.

Era hermosa, dulce, apacible. Pero dormida. En vida, era un asesino en potencia, movido por los hilos magnéticos de una mente que había educado aquel cerebro para matar...

—Pobre muchacha —susurró—, ¡Cuántas como ella, andarán sueltas ahora por el mundo... trabajando para esa horrenda I.M.O.A.!

Aminh no respondía «hora. Estaba dormida, bajo los efectos sedantes del pentothal sódico.

Capítulo 11

—Es una historia escalofriante, Wade...

Stuart asintió, contemplando gravemente la vista de Saigón, que se perdía en la distancia.

Era el regreso a casa. A los Estados Unidos, vía océano Pacífico. El avión militar de transporte les dejaría pronto en San Francisco. Vietnam y sus problemas quedaban atrás. También Aminh Kong, la muchacha ejecutora de la Sociedad Asesina.

Junto a Wade, dos personas: el inspector federal Walter Leonard, del FBI, Delegación Metropolitana de Los Ángeles, California, llegado rápidamente a Saigón en aquellos días, acompañado de varios funcionarios de la ONU y del delegado federal en Tokio, Alex Buxton.

Alex Buxton había dado noticias satisfactorias al FBI y a Wade: los agentes de la policía japonesa, en colaboración con las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos y el “Federal Bureau of Investigation”, habían terminado con la fábrica de juguetes Hamura Tokosi, en las inmediaciones de la nueva vía férrea Tokio-Osaka.

Los ocupantes de la Granja del Crimen 22, habían destruido cuanto material de archivo les fue posible, y gran parte de éste, salvado por los federales y el Servicio Secreto, estaba en una complicada clave, que los expertos de Washington cuidaban ahora de traducir con rapidez, sabiendo que luchaban contra reloj, porque las demás “Murder Farros” del mundo cerrarían sus puertas y dispersarían a sus ejecutoras, para evitar ser cazadas por la amplia, tupida, virulenta red de la policía mundial, asociada para aquella acción radical, desde Tokio a Washington, desde Londres a Ciudad del Cabo, desde Lisboa a Moscú o desde Sídney a Pekín, en asociación perfecta de todos los países, potencias, asociaciones mundiales y fuerzas policiales, al margen de matices políticos de toda especie.

Era una asociación masiva contra el crimen organizado, llevado a escala mundial por un privilegiado cerebro que aún permanecía en la sombra, el Gran Director.

Y ahora, Stuart Wade y sus dos colegas, Walter Leonard y Alex Burton, acudían a San Francisco, para establecer la acción a través del territorio norteamericano, en busca de la inevitable “Murder Farm” que la siniestra I.M.O.A. habría establecido ya en el país, bajo alguna apariencia legal e inofensiva en su aspecto.

—Es increíble. Aterrador, Wade... —insistió el inspector Leonard, perplejo todavía—. Una sociedad criminal, a escala universal...

—La Mafia les dio la idea. Con una amplia fortuna y todo lo demás, fue fácil edificar ese tremendo edificio delictivo mundial, Inspector. Las mujeres no se podían hacer sospechosas en modo alguno. Todo fue bien. El “cliente” siempre pedía algo parecido: eliminar a un hombre. Es el negocio más lucrativo. La sociedad atiende toda clase de demandas. Sus mujeres, educadas por personal especializado, en su mayoría psiquiatras y gente preparada para dominar la mente ajena, como se ha visto en el personal capturado en la Granja de Tokio, cumplían fría, inexorablemente, lo ordenado. ¿Saben algo más sobre esa chica, Aminh Kong?

—Se encontró en sus uñas una sustancia venenosa. Le hubiera bastado una de ellas, para perecer en el acto. Son los sistemas de la sociedad. Quien no sirve para matar, sirve para morir...

—¡Cielos! Y yo que llegué a sospechar de esa muchacha escocesa, Hazel Kenney!

—Estaba equivocado, Wade. Sus datos eran exactos: escribió el libro sobre teatro universal, bastante bien vendido. Trabaja para esa entidad de importaciones y exportaciones de Londres y Glasgow, como secretaria del propio señor Lea, único socio superviviente en la empresa... No había nada sospechoso relacionado con ella. De haberse confiado usted con Aminh Kong, hubiera muerto sin remedio, Wade.

—No me confié con nadie —suspiró el joven federal, pensativo. E indagó sobre otro tema que le preocupaba—: Acerca de esas agujas mortíferas, ¿qué ha logrado averiguar el laboratorio federal?

—Todo.

—¿Todo?

—Sí. No son metálicas, aunque lo parecen, y su punción es tan profunda como la de un pincho de acero.

—¿Qué materia es, entonces?

—Una variante plástica, sometida a ciertas temperaturas, y que resulta tan quebradiza como el vidrio y tan disolvente como el azúcar, cuando se halla en la sangre humana a su misma temperatura. Eso explica por qué nunca dejaban huellas. Disueltas, tras perforar los tejidos y el corazón, se disolvían en la sangre, que era su corrosivo idóneo, desapareciendo. Era para volverse loco, Wade. No sé lo que hubiera sido de todas estas investigaciones, sin su inapreciable ayuda.

—Alguien tenía que hacerlo, ¿no, inspector?

—Sí, pero no todo el mundo se prestaría a representar un papel en el que uno sabía que llevaba un noventa por ciento de probabilidades en contra de seguir viviendo y sólo un diez a favor...

—A propósito, inspector, ¿nada sobre los que contrataron los servicios de la sociedad de asesinos?

—Nada aún —suspiró el inspector Leonard, resignado—. Hay sospechas, indicios de que alguna grandiosa, vasta entidad, una sociedad mundial, de diversos industriales poderosos, unidos en un gigantesco plan de producción de elementos bélicos, tiene interés en que esto siga adelante y los focos de guerra aumenten, para el consumo de sus productos y el encarecimiento del mercado de ciertos metales y elementos de primera necesidad en las industrias de guerra del mundo. No hay evidencias de que los responsables sean americanos, rusos, chinos o europeos. Nada. Lo más probable es que nos encontremos con otra agencia de Sociedad Secreta, una entidad que podríamos denominar teóricamente Asociación por la Producción Bélica Universal, que desea, ante todo, yugular cualquier empeño por establecer una paz y una convivencia en el mundo. Cada pacifista, es eliminado, o se le vigila para escoger el momento oportuno. ¿Y quién mejor serviría a este “strust” fabuloso de superhombres de la industria mundial de todos los tiempos, sino esa terrible Sociedad de mujeres educadas para matar?

—Nadie, ciertamente —Wade inclinó la cabeza—. Espero que todas las Granjas del crimen sean localizadas... y destruidas.

—Eso esperamos todos, Wade —asintió Leonard. Luego, tras una pausa, mantuvo la vista fija, pensativa, en la vista ya remota,

borrosa, perdida en la neblina húmeda del mar de la China, de Saigón, capital del turbulento Vietnam—. Además, según el doctor Masón, del departamento de estudios sociológicos y psicológicos de la oficina federal de investigación, hay una esperanza todavía.

—¿Una esperanza? ¿De qué?

—De readaptación.

—¿Readaptación? ¿Para quién?

—Para esas pobres mujeres enviadas al crimen frío e implacable.

—¿Para las K-agents? —pestañeó Wade asombrado—. ¿Es ello posible?

—Científicamente, es posible. El doctor Masen y sus colaboradores trabajan en el proyecto de contrarrestar la acción criminal, corrosiva, destructora de toda idea moral, en las mentes de esas mujeres. La creación de una Granja de Adaptación, donde todas las mujeres convertidas en asesinos sean estudiadas minuciosamente, seleccionadas en grupos diversos. Tendremos un grupo de criminales natos, que serían incapaces de readaptarse. Otro, de mujeres débiles, capaces de volverse a adaptar a una vida más digna, olvidando el pasado. Y un tercer grupo, de mujeres honradas, rectas, que fueron prácticamente desprovistas de voluntad por sistemas de sugestión psíquica, y que por igual procedimiento puedan reintegrarse a su línea natural de conducta, para vivir en la sociedad y olvidarse del horror a que eran sometidas.

—Espero que el doctor Masón logre eso —suspiró Wade, inclinando la cabeza, para no mirar más hacia Saigón, donde se quedaban las dos mujeres con las que su destino se había cruzado, dudando durante unas horas sobre la identidad de la mujer que debía destruir al presunto Lan Godfrey, de la ONU. *

—¿Por qué está tan interesado en ello? —sonrió Leonard—. ¿Piensa acaso en esa joven vietnamita, Aminh Kong?

—No, no hubo nada entre ella y yo, aunque era tan hermosa que pudo haber sucedido, inspector —rechazó Wade—, Quienes realmente nos separamos con dolor, hemos sido Hazel y yo...

—¿Esa muchacha y usted, Wade? —Leonard meneó la cabeza—. Tenía que suceder. Es muy hermosa la escocesa, ¿eh?

—Mucho... Es fácil enamorarse de ellas, inspector. Especialmente, cuando uno sabe que ella es en realidad quien dice

ser, y que la verdadera “K-agente” ha caído ya... como todas sus otras infortunadas compañeras, allá en Tokio.

El avión siguió su vuelo sobre el Pacífico, alejándose cada vez más de Saigón, del Vietnam encendido en guerra que acaso algún día, con los buenos deseos de los de cualquier nacionalidad amantes de la paz, llegaría a verse en un trance más apacible y esperanzador.

Wade se reclinó en el asiento del transporte militar aéreo. No quería pensar ahora en Saigón, ni en todo lo sucedido.

En suma, no quería pensar tampoco en ella, en Hazel, a pesar de que había prometido verle pronto, cuando regresara a Europa, tras su viaje de placer a Vietnam...

Era agradable, en cierto modo, saber que el peligro, la aventura erizada de riesgos, con la sombra de la muerte siempre cerca, quedaba lejos.

Lo desagradable, era pensar en que también una mujer hermosa, una mujer de la que no podrá olvidarse fácilmente, también se quedaba atrás, y acaso el futuro no les reservara el gozo de reunirse de nuevo.

Cuando un hombre sirve al FBI, nunca se sabe dónde va a reservarle el destino su próxima misión.

Y ése era el caso de Stuart Wade...

Capítulo 12

Apenas una quincena más tarde; concluyó el caso increíble de la "Muerte Amorosa".

Fue un dramático impacto el descubrimiento de las "Murder Farms" en los Estados Unidos, Francia, Unión Soviética, Líbano, Egipto y Australia.

El hallazgo de una sola de ellas, la de los Estados Unidos, oculta en un rancho ganadero de Arizona, y localizada por grupos especiales de agentes del FBI, dio como resultado la localización de la segunda y más amplia red de "Murder Farms" con todo su personal científico y experimental, con datos y archivos, en su mayoría completos, que permitieron la rápida estrangulación de todas las vías de comunicación utilizadas por los súper criminales.

Y, con ello, el final de la flamante Asociación Organizada del Crimen Internacional.

Simultáneamente, en Sídney, Australia, y en Johannesburgo, África del Sur, los importantes propietarios de dos grandes complejos industriales, dueños a su vez de minas de oro y diamantes, se vieron inesperadamente comprometidos en el asunto fabuloso de las "Murder Farms" y se pudo probar que sus fortunas personales habían financiado en parte, la colosal aventura criminal del siglo.

Era ya un indicio claro de que el "trust" fantasma internacional, presentado por los investigadores de diversos países, existía en el fondo. Y, lo que era aún más significativo, no sólo eran "clientes" de la red de Granjas del Crimen y de sus inexorables ejecutoras, sino que todo ello constituía una especie de mutuo plan de ayuda.

Los proveedores de fondos para el gran complot mundial de asesinos exigían llegado el caso, la acción de aquellos verdugos, hermosos a quienes el dinero y la visión demoníaca de los dirigentes de la Asociación del Crimen habían forjado en los

siniestros centros experimentales.

Empezaba el desmoronamiento total, y dos diarios, veladamente, sugerían lo sucedido de forma que no llegase una tremenda convulsión mundial contra los poderosos responsables de tanto horror.

En cierto modo, el asunto seguía siendo "top secret" en todos los países y cancillerías, sin trascender en su enorme dimensión mundial al exterior.

En Inglaterra misma, Scotland Yard y el MI-5, cooperando ambos organismos con el "Intelligence Service", iban estrechando ya el cerco a los reductos del Crimen súper organizado que pudiera existir en territorio británico.

Así, como asesor de la Policía inglesa, Wade tuvo ocasión de volar a Londres y Glasgow, y así ver una vez más a Hazel Kenney, en sus oficinas de exportación e importación de "Lea & Wilson Import Office", London - Glasgow...

Era una visita rápida, con la satisfacción para el federal de que todo había terminado ya, y podía revelar a Hazel, finalmente, quién era él en realidad...

* * *

—Cielos... ¡Stuart Wade! Eras, después de todo, Stuart Wade, y no Lan Godfrey...

—Sí, Hazel. Te mentí. Tuve que hacerlo. Contigo y con todos...

—Me... me va a costar trabajo llamare Stuart... —sonrió ella, dominando su estupor, con una sacudida de su pelirroja cabecita, al levantarse de la mesa donde reposaba su máquina de escribir y depositar unos papeles en una de las carpetas del archivador de la empresa importadora.

Cerró el mueble, giró la llave y emitió un suspiro, recogiendo su bolso, su famoso bolso naranja de Saigón... Lo miró, risueña, y luego dirigió una mirada turbadora a Wade.

—Bien, creo que he terminado mi trabajo por hoy. ¿Vamos ya, querido?

—Sí, vamos. Hablaremos extensamente de todo en cualquier sitio, menos aquí... —miró alrededor, a la confortable oficina, de aspecto típicamente británico. Se estremeció—. Detesto las oficinas, ¿sabes?

—Te pasa como a mí —rió ella, encaminándose a una puerta lateral—. Disculpa, Wade, querido. Voy a peinarme un poco. Estaré en seguida.

—Sí, Hazel.

Ella abrió. Le miró desde la puerta del cuarto de aseo. Parecía pensativa por algo. De repente recordó:

—Aquel sargento de Infantería de Marina, en Saigón... estaba en lo cierto entonces, ¿verdad, Wade? Te identificó...

—Sí —Stuart bajó la cabeza—. Éramos viejos amigos. Fue muy doloroso todo. Especialmente, por el modo de terminar... Pobre Hamilton... Quiero que entiendas algo: tenía que obrar así. Eran órdenes, Hazel. Contigo y con todo el mundo, debía fingir.

—No trabajaste jamás para la ONU, ¿verdad?

—En cierto modo lo hacía... pero no de pacifista —sonrió Wade, pensativo—. Anda, ve a arreglarte. Ya te explicaré. Yo... yo trabajo en el FBI, Hazel.

—Sí, entiendo —le miró profundamente, sonrió, y se encerró en el lavabo.

Wade paseó por la oficina, consultando curiosamente los objetos, la decoración, rica en madera y tapizado. Hazel, allá adentro, en el aseo, le recordó los momentos de aquella noche en Saigón. Se estremeció. Cerró los ojos.

* * *

La puerta se abrió. Hacía apenas tres o cuatro minutos. Y Hazel, hermosa, radiante, estaba allí, ante él. Cruzó la oficina sonriente, tomó su sobretodo y un gracioso sombrerito impermeable a cuadros.

—¿Vamos ya? —invitó—. Me referirás toda la historia en el restaurante. Sé de un lugar donde sirven unos platos deliciosos...

Wade la ayudó a ponerse el sobretodo. Escocia no era Saigón. Lloviznaba en la calle, en un día gris, intensamente nublado.

Hazel dejó su bolso naranja sobre un mueble. Se aplicó graciosamente el gorrito de dibujo escocés. Wade fue a entregarle el bolso. Tan torpemente, que lo golpeó en el borde de un mueble, y lo volcó al suelo, abierto.

Los objetos de Hazel se desparramaron por el suelo. Ella se lamentó:

—¡Oh, Wade, qué estupidez!... Puedes romper mis objetos...

—Lo siento —Stuart se inclinó—. Te ayudaré a recogerlos...

—¡No, no! —rezongó ella, airada, poniéndose de rodillas—. Yo lo haré...

Wade había quedado inclinado, con el collar de jade, recuerdo de aquel día en Saigón, entre sus dedos. Fue lo único que llegó a recoger del suelo, antes de la violenta negativa de Hazel.

Estaba contemplando ahora los objetos, desprendidos de una especie de gruesa polvera, circular, que al golpearse en el suelo se había abierto, expulsando su superficie de polvos, muy reducida de anchura.

Una cajita metálica, mate, con una extensión vibrátil, como una diminuta antena, y un curioso lápiz metálico, de color plomo, saltaron de su interior. Wade los contemplaba como aturdido.

—Hazel...—musitó—. ¿Qué es eso?

Alzó los ojos. Ella le miraba fríamente, con sus enormes bellos ojos verdes. No había amor, no había ternura y simpatía en aquella mirada de la pelirroja muchacha de Escocia.

Le recordó la forma de mirar de Aminh Kong, cuando trató de matarle en el Bengala Hotel...

—Wade, has cometido un error —susurró ella.

Y al extraer la mano del bolsillo de su sobretodo, llevaba otro lápiz de color gris. Otro lápiz mortal, con su carga siniestra...

—Hazel... —musitó Wade—, ¿Vas a matarme a mí ahora?

—No hubiera querido hacerlo... —susurró ella—. No era necesario, ahora que todo terminó y el gran negocio se ha derrumbado..., Mis jefes, Lea y Wilson, se conforman con retirarse del negocio, sin nada que les comprometa. "Y yo, el Gran Director...", estaba también al margen, gracias a ti... iba a destruir hoy eso. ¿Por qué, Wade? ¿Por qué tuviste que hacer eso? En realidad... te amaba. Te amo.

—No digas tonterías —lentamente, dominado por la terrible arma en manos de Hazel, se incorporó muy despacio, sin quitar de ella sus ojos—. No puedes amar a nadie. Los seres como tú son incapaces de eso.

—Aunque no lo creas, eres el único hombre que me ha hecho sentir vibrar ser, en suma una mujer, Wade... No quiero. No quiero matarte... y tengo que hacerlo...

—Bien. Adelante. Dispara tu dardo, querida...—la invitó, sardónico, glacial, el agente del FBI.

—Lo haré, sí. Es una pena que esto haya sucedido, que la presencia de nuestro agente Aminh Kong en Saigón no te hiciera pensar que, definitivamente, yo nada tenía que ver en todo eso. Tengo dinero, Wade. Mucho dinero, millones de libras del gran negocio fracasado... No volveremos a organizar un asunto así, pero la fortuna es mía ya. Pudimos haberla compartido... los dos.

—No hubiera sido fácil. Es mejor así, Hazel, créeme —mostró su pecho—. Anda, tira el dardo. Esta vez no vengo preparado...

—Pero podría ser que sí —musitó ella, burlona, glacialmente—. No, tiraré contra tu cuello, Wade. Un impacto en la garganta... y el fin. Es lo mismo, y no habrá fallos, como el que cometí en el restaurante flotante, un momento antes de que aquel estúpido terrorista lo volase todo por los aires... o el que Aminh Kong cometió en el hotel.

—No descuidas detalle, ¿eh, Hazel?

—No, Wade. Por eso tuve siempre una historia verosímil para cualquiera. Y por eso sobreviví a todos... Sólo el conservar esa estúpida emisora-receptora y ese arma, me han acusado... En fin, Wade. Adiós. Es si fin...

Alzó el lápiz. Lo disparó sobre Wade, sobre su garganta.

Esta vez el impacto tenía que ser mortal.

* * *

Tenía que ser mortal...

Pero no lo fue.

Wade continuó en pie. Sonriente, inmutable. Mirándola fija, penetrante. Ella palideció, incrédula.

—No, no...—musitó, con horror.

Y volvió a presionar el arma, desesperadamente, fija su vista en aquella garganta que quería horadar con su lápiz mortal, cerbatana de las agujas más diabólicas que pudieran imaginarse...

Igual resultado. Esta vez, Wade hizo un movimiento. Uno solo. Pero no el que ella esperaba, no se llevó la mano a la garganta, para oprimirla, asfixiándose o sintiendo la rápida agonía.

En vez de eso, extrajo su arma. Su automática de calibre 38. Apuntó resueltamente a la hermosa pelirroja a quien conociera en

Saigón.

—Lo siento, preciosa —murmuró—. Es el fin...

—No... no entiendo...—balbució ella. Miró el lápiz mortal, lo dejó caer de sus manos crispadas, temblorosas—, ¡“Tendrías” que morir, Wade!

—Pero no voy a morir. Lo lamento por ti. Era la última carta. Mientras te aseabas y ocultabas en tu bolso esos elementos comprometedores, yo registraba tu sobretodo, descubrí el lápiz... y lo descargaba... Hemos visto otros y en el FBI, en estos últimos días, aparte del de Aminh Kong.

—De modo que al salir de ahí, al ayudarme, al tirar el bolso, sabías,..

—Sabía ya muchas cosas, en efecto. Sospechaba otras, y presentía muchas más. Lo peor se cumplió, por desgracia mía. Yo también te amaba, Hazel. ¿Entiendes? Yo también... hubiera sido feliz contigo.

—Aún es posible, Wade... —musitó ella, temblorosa—. La fortuna, la impunidad... Huiremos lejos, juntos los dos...

—No. No es eso. Amaba a otra Hazel. A la muchacha de Saigón, no a ti... —negó con firmeza—. Vamos, Hazel. Es el fin.

—¡Wade! —imploró aún—. Se... Será “mi” fin... Me ahorcarán...

—Eso temo —la miró largamente, con un rictus de dolor—. Será un hermoso cuello el que se quiebre ese día, Hazel... Pero no puedo hacer nada por ti. Nada... Sólo avisar a la policía de Glasgow, y decirles dónde es fácil que localicen las “Murder Farms” de Inglaterra y Escocia. Bastará capturar a Lea y Wilson, tus jefes... y averiguar dónde tienen fincas o terrenos alejados de los lugares muy habitados...

—Sí, Wade... Una vez más aciertas. Eres muy inteligente. Mucho Wade...

—Gracias. No creas que eso me hace feliz, Hazel. No ahora...

La señaló la puerta. Ella, dócil ya, echó a andar. Y Wade tras ella.

Ahora sí. Ahora el caso había terminado.

La última mujer amorosamente mortal, había caído.

Pero no sin que él también hubiese caído antes, en su dorada trampa de amor y de mentiras...

CONCLUSION

—¿Se marcha, Wade?

—Sí, inspector... —afirmó, ante la mirada pensativa del inspector Dennis Brighton, de Scotland Yard.

—¿A... Saigón? —consultó él su billete de avión, curioso.

—Sí, sí.

—¿Por qué allá?

—Disfruto de vacaciones, inspector. Un mes. Me gustará conocer más a fondo esa ciudad. Me pareció fascinante.

—¿No va a recordar algo que pudo ser y no fue?

—No lo sé. Tal vez...

—Wade, amigo mío, es mala cosa hundirse en melancolías. Dese cuenta de que Hazel Kenney no era la mujer que todos suponíamos. Hizo honor a su apellido, a la inicial del mismo: una K. también. La primera “Killer-girl” de este horror...

—No creo que deba pensar ya en ella, inspector. Procuraré no hacerlo.

—¿Y... lo logrará?

—Tampoco lo sé, señor. He dicho que lo intentaré, no que lo consiga.

—Hace bien en irse, después de todo. Lo malo es el lugar elegido. Recuerdos, recuerdos siempre... ¿Se alojará en el hotel Bengala?

—Sí, creo que sí...

—Allí encontrará alguna cara conocida, Wade... No se sobresalte demasiado. Las cosas cambiaron ya...

—No comprendo.

—Me ha informado el FBI sobre esa cuestión, Wade —sonrió el policía inglés—. Se trata de una muchacha que sirve de camarera en este hotel...

—¿Aminh Kong?

—Eso es. Ha sido la primera en salir de un período de readaptación a la vida normal. Estaba sugestionada, hipnotizada. Fue un caso fácil para los psiquiatras quitaron todo complejo. Ella recuerda lo que estuvo a punto de ser, y se horroriza. No llegó a asesinar nunca a nadie. Usted, Wade, era su primera víctima.

—Cielos... ¿Y ella... ha vuelto a Saigón?

—Exacto. Lo prefirió así. Y se lo concedieron. Están seguros de que responderá a la prueba decisiva. Además, hay un motivo para pensar así...

—¿Un motivo?

—Sí. Aminh Kong, al recuperar su normalidad, lo primero que hizo fue preguntar... si había fallado su golpe contra el americano del hotel Bengala.

—¿Y...?

—Cuando se lo dijo que sí, se echó a llorar... y dio gracias a Dios. Curioso, ¿verdad, Wade? Dijo que le gustaría verle alguna vez de nuevo... y pedirle perdón. Pedírselo de todo corazón, como una mujer sabe hacerlo.

—Una mujer... —se estremeció Wade—, ¡Cielos, no! No quiero nuevas experiencias... Estoy por anular ese pasaje de Saigón...

—Yo, no lo haría —sonrió Dennis Brighton—. Ayude a esa chica a superar su período de readaptación... ¿Qué le cuesta, Wade? No puede ser más peligroso... que rendirse al amor de Hazel Kenney, por ejemplo.

Wade dudó. Sacudió la cabeza, perplejo.

—No sé... —musitó. Contempló el paisaje de avión. Terminó por comentar—Sí, tal vez... Tal vez sea mejor así...

—Claro, amigo mío —El inspector de Scotland Yard le tendió la mano, cordial, con una luz maliciosa en sus ojos sagaces—. Le deseo buen viaje a Saigón, y le agradezco su ayuda y la del FBI para resolver este fantástico caso que el mundo jamás conocerá en su exacta y terrible dimensión, amigo Wade... Ah, y le deseo... que sus amores en Saigón, esta vez, no sean... demasiado peligrosos.

Estrechó la mano a Wade con calor. Se echó a reír.

Al final, de buena gana, el gesto grave de Stuart se distendió también en una franca carcajada.

FIN



UNA DE LAS COLECCIONES MAS
SOLICITADAS POR USTED SE LA
OFRECE AHORA

BOLSILIBROS EASA

EL SELLO DE PRESTIGIO. BUSQUE
LA ARDILLITA PARA TENER LA
GARANTIA DE UNA CALIDAD UNI-
CA EN BOLSILIBROS.

Distribuidores exclusivos en América:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

6401 N.W. 36Th Street Virginia Gardens
FLORIDA 33166 - U.S.A.



EDITORIAL CASTELLANA

P.V.P. **15** Ptas.35